

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALLERIA

# EL TEATRO.

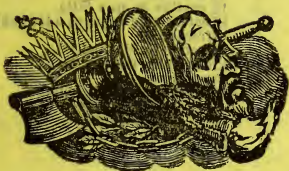
## COLECCION

### DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

# LA CAJA DEL REGIMIENTO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

*Vico*



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1862.

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Articulo por articulo.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empeñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Gatilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin dela novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El onceno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afan de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El protegido de las nubes  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Fernando.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huéspeda.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.  
Ilusiones de la vida.  
Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Lóndres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bra  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduguesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Carida  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (ale  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadreño.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.

Llueven hijos.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

# LA CAJA DEL REGIMIENTO,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

DE

**DON ANTONIO VICO Y LOPEZ.**

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Circo Barcelonés (Teatro Ristori), la noche del 14 de Marzo de 1861, á beneficio del primer actor D. José Maria Dardalla.



MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

EL CORONEL MONTENEGRO (40 años).....	D. BENITO PARDIÑAS.
EL TENIENTE D. ENRIQUE LAFUENTE (24)..	D. ANTONIO ZAMORA.
EL SARGENTO JUAN ANSÉ (55).....	D. ANT. VICO Y LOPEZ.
EL VETERANO GONZALEZ (60).....	D. JOSÉ M. DARDALLA.
D. PEDRO, militar retirado (65).....	D. JOSÉ M. GUERRERO.
EMILIA, hija del anterior (22 años). ....	DOÑA CÁNDIDA DARDALLA.
GERTRUDIS (50).....	N. N.
ABEJORRO, recluta (21)..	D. MANUEL DARDALLA.
UN SARGENTO ESCRIBIENTE .....	N. N.
UN ORDENANZA.....	N. N.

La acción se supone en el Puerto de Santa María, año de 185... Empieza á las diez de la mañana y concluye á las diez de la noche del mismo día.

---

*La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.*

*Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.*

*El editor se reserva el derecho de traducción.*

*Queda hecho el depósito que marca la ley.*



Á MI QUERIDO AMIGO

D. JOSÉ MARIA DARDALLA.

Querido Pepe: Desde el momento en que empecé á escribir esta comedia y concebí la idea de introducir en ella el papel de Gonzalez, tuve presente tu sin igual gracia en la ejecucion de estos caractéres. La prueba de esta verdad es, que concluida la obra, y en el momento que tuve oportunidad, emprendí mi viaje á esta capital, sin otro objeto que presentártela. Tú la acogiste, si no por buena, porque yo te la ofrecia. La apadrinaste, eligiéndola para tu beneficio; y tu buen talento y tus grandes conocimientos han hecho de mi humilde produccion una obra pasadera, y que el público la haya admitido, premiándome con usura. Concluye la obra, querido amigo: dignate admitir esta dedicatoria que de ella te hago, en prueba de mi cariño y como testimonio de mi gratitud y de la consecuente amistad de tu

Autouio.

THE HISTORY OF

A HISTORY OF THE

Digitized by the Internet Archive  
in 2015

1873

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Decoracion cerrada que figura una sala decente: en segundo término, á la derecha, un balcon, frente á este, una puerta que conduce á la habitacion de don Enrique. Otra puerta al foro, que por la derecha dá á la escalera y por la izquierda al interior de la casa. Un sofá y butaca á la derecha; una mesa escritorio á la izquierda, sillones y demás muebles de la época, decentes pero no lujosos. Habrá en la pared de la derecha una Virgen de los Dolores, en lienzo: en la de la izquierda el retrato del padre de don Enrique, anciano brigadier. Estas dos pinturas en primer término.

Entiéndase la derecha ó izquierda la del actor.

### ESCENA PRIMERA.

EMILIA, D. ENRIQUE.

EMILIA. ¿Con que obstinado en callar,  
es decir, que no podré  
nunca saber el por qué  
de ese tu amargo pesar?  
¡Bien paga tu corazon  
el amor acrisolado,  
con que á tí me he consagrado  
desde que te ví!...

ENR.

¡Ay! Son  
razones de mucho peso  
que no debes comprender

las que me obligan á ser  
reservado con exceso.  
Tú sabes cuánto te adoro,  
que mi afan es complacerte,  
ni sola dicha, quererte,  
y que no encuentro tesoro  
para mí de mas valia  
que el amor ardiente y puro  
que me ofreces, bien futuro  
por que suspiro, alma mia;  
pero es tan grave cuestion  
la que me tiene afectado,  
que debo ser reservado  
hasta contigo.

EMILIA.

Razon

(Muy picada y en ademán de retirarse.)

de tal entidad respeto:  
ya mas no he de molestar,  
pues no debo á usted obligar  
á que descubra el secreto;  
harto convencida estoy  
de mi fatal imprudencia;  
y si me dá usted licencia,  
ya que molesto... me voy. (Ademán de salir.)

ENR.

¿No basta el afan cruel  
(Deteniéndola.)  
en que se agita mi pecho  
para que así en tu despecho  
halles un agravio en él?  
Respetá, por Dios, mi afan,  
ten piedad del que te adora,  
y déjame solo ahora  
por que á buscarme vendrán...

EMILIA.

(Casi llorando por el sentimiento de celosa curiosidad.)

¡La culpa tan solo es mia,  
que he creído en juramentos,  
en falsos ofrecimientos  
que duran tan solo un día!  
¿Tan prudente y reservado  
conmigo? Con la que amante,  
ciega por tí, delirante,



vida y fé te he consagrado?  
¿Pues quién debe consolar  
al hombre que está afligido,  
mas que el objeto querido  
á quién ha jurado amar?

(Un movimiento de impaciencia en Enrique, que comprende Emilia.)

Veo que se desespera,  
y no trato de insistir...

(Vá á marcharse y Enrique le impide el paso )

Vamos, déjame salir,  
que mi padre ya me espera.

EMILIA. No, Emilia, así no te vas:  
necesito convencerte,  
que es mi anhelo complacerte,  
mas vé que obcecada estás.  
Cesa pues en tus antojos,  
mi amor, mi prenda adorada,  
y á tu Enrique una mirada  
de perdon lancen tus ojos.  
Esta noche de paseo  
te podré tranquilizar  
y á tu cariño fiar  
el conflicto en que me veo.

(Movimiento de sorpresa en Emilia, que Enrique procura calmar.)

Conflicto... mas del momento;  
no te alarmes, no, mi vida...  
Consiste. . en hallar, querida...  
un perdido documento.

(Indeciso y como con temor de descubrir su secreto.)

EMILIA. Perdido, ó traspapelado?

ENR. Eso... sí: me expliqué mal.

(Reparando en la turbacion de Emilia.)

—Pero... te has puesto mortal.

EMILIA. ¡Jesus! ¡Qué susto me has dado!  
La tal habilitacion  
y el manejo de caudales,  
solo te produce males  
de gran consideracion.  
¡Oh! Siempre estás apurado  
en contar riñas sin cuento

que te ocasiona el descuento  
de dar tanto adelantado,  
y espero que el mejor día  
te veas en un compromiso.  
Si, no hay remedio, preciso.  
¡Qué maldita algarabía!

ENR. Niña...

(Suplicándole con la acción que se retire.)

EMILIA. Descuida, me iré,  
no te quiero molestar,  
y te aseguro al marchar  
que á dudar no volveré.

ENR. Pues permítele á mi amor  
que á tu bella mano aplique  
un beso, que dulcifique  
de mis penas el rigor.

EMILIA. Si dando en mi mano un beso  
logras que tú pena ceda,  
preciso será que acceda  
la que te ama con exceso.

(Le dá su mano con sonrisa cariñosa, y él la besa.)

ENR. El cielo te premie, hermosa,  
la dulzura angelical  
conque mitigas mi mal  
y haces mi vida dichosa.

EMILIA. Conque tú me quieras mucho  
(Con mucha alegría.)  
y muy contento te vea,  
basta para que yo sea  
muy feliz...

(En este momento se oye la voz de D. Pedro.)

¡Cielos! Escucho

á mi padre levantado.  
Voy á ayudarle á vestir,  
pues querrá luego salir.  
¡Adios, mi bien!

(Se retira precipitadamente por el foro izquierda, y  
él la contempla.)

## ESCENA II.

ENRIQUE.

¡Abrasado  
me tienes ya el corazón,  
encantadora criatura!...  
Mas cuando mi desventura  
llegue á saber, compasión  
tan solo le inspirará  
el criminal que olvidó  
su deber, y así perdió  
su honra... ¡me despreciará!...  
¡Yo despreciado por ella!  
y con harta razón, si,  
pues yo me desprecio á mí....  
y hasta maldigo mi estrella.  
Mas me ocupo en reflexiones  
inútiles, y es preciso  
evitar el compromiso  
que me aguarda. Hay razones  
fundadas para esperar  
que la bondad de este anciano  
me tienda al punto su mano  
y me salve de este azar.  
Al instante que llegué  
aquí con mi regimiento,  
me dispuso alojamiento.  
«Con su padre me crié,»  
díjome muy conmovido:  
«la amistad no tiene tasa,  
»y me agraviaré si en casa  
»no se hospeda usted, querido.»  
Yo acepté por complacerle:  
me cuida con tanto esmero  
como á su hija, y espero  
que si me decido á hacerle  
franca manifestación  
de mi estado, sin demora  
me salva. Él viene ahora...

PEDRO. Hasta luego. (Desde dentro.)

ENR.

¡Decision!

### ESCENA III.

ENRIQUE, D. PEDRO, que viene por el foro izquierda.

PEDRO. Enrique, me ha dicho Emilia  
que está usted incomodado.  
(¡Jé! jé! Cosas de enamorado!) (Ap.)  
¿Hay novedá en la familia?  
¿Tuvo usted carta de padre?  
¿Hay alguna enfermedad?  
¡Hable usted con claridad!  
¿Acaso su hermana... Madre?...  
(Viendo que Enrique no contesta y que su semblante  
está macilento.)

ENR. No, señor, gracias á Dios  
todos buenos se mantienen.

PEDRO. Pues, milagro, porque tienen  
siglo y medio entre los dos.  
¡No hablo de su hermana, no!  
sino de los viejecillos,  
pues tambien fuimos chiquillos...  
¡Parece mentira!.. ¡Oh!...  
Amigo, el tiempo no pasa  
en balde: ¡pura verdad!  
mas tambien la ancianidad  
tiene sus goces... Mi casa,  
mi Emilia, que tierno adoro,  
esa hija Dios me ha dado  
de gracia y virtud dechado,  
forman mi mayor tesoro.  
Luego una buena sopita,  
su café, su cigarrillo,  
la partida de tresillo,  
y alguna que otra copita  
de Jerez añejo y recio  
que dé fuerza y robustez,  
hacen jóven la vejez;  
quien no opina así, es un necio.  
Pues, señor, voy á rezar,  
ante todo, el jubileo:

despues á dar mi paseo  
por las orillas del mar,  
y á las dos estaré en casa  
de vuelta para comer,  
que es un sagrado deber  
hacerlo asi, mas con tasa,  
que la gota se enardece  
si como mucho, y prudencia  
encarga la docta ciencia  
al que, como yo, padece.

(Vá á marchar, y Enrique lo detiene.)

ENR. Confiado en la bondad  
con que usted siempre me ha honrado,  
voy á decirle...

PEDRO. (Interrumpiéndole y creyendo comprender que vá á  
hablarle de su amor á Emilia.)

Enterado

me hallo de la verdad,  
y por cierto no me pesa.

ENR. Señor... ¡qué me dice usted!

(Sorprendido y sin entender.)

PEDRO. Concedida la merced;  
mas hay condicion expresa  
que otorgar...

ENR. Ó se equivoca  
al contestarme, ó no entiende  
lo que yo...

PEDRO. Ya se comprende  
sin que usted abra la boca.  
¡Estos jóvenes se creen  
que los viejos nos dormimos  
y que jamás niños fuimos...  
pues se equivocan... que ven;  
y si á veces no hacen caso  
y se hacen asi... los suecos...  
no es porque... ¡estos muñecos  
de nueva cria!...

ENR. Del paso  
no saldré si usted me abruma  
y no me concede atento  
que le explique...

PEDRO. ¡Oh tormento!...



¿No le he dicho á usted ya?...

ENR. En suma...

PEDRO. En suma y resta te digo  
que caiste en la lazada,  
que esta boda combinada  
estaba ya con mi amigo  
desde que aun niños los dos...

ENR. Pero, señor, si no es...

PEDRO. Pues claro está; tú no ves  
que soy muy sátrapa...

ENR. ¡Oh Dios!

Déjeme que yo le explique  
y le hable con claridad...

PEDRO. Ante todo la verdad;  
y aunque á veces mortifique  
decirla franca y desnuda,

(En toda la escena anterior deben quitarse los actores la palabra el uno al otro, y se nota la desesperación de Enrique al ver que D. Pedro no le entiende, y este deja ver su inocencia, muy confiado en que penetra el misterio.)

yo debo en esta ocasion  
abrirle mi corazon,  
ya que la verdad me escuda.

(Llevándolo á un extremo, despues de cerciorarse que nadie le escucha, y con mucho misterio.)

Yo paso por hombre rico.

¡El mundo está en un error!

Vivo tal cual, en favor  
de mi buen método, chico.

Dos casucas y mi paga  
es la renta con que cuento  
para el extricto alimento.

Pero... ¿qué quieres que haga!

El mundo ha dado en decir,  
é igualmente mi familia,  
que guardo un gran dote á Emilia...

¡Ni un cuarto! Me dejo ir...

pues vale mucho tener  
fama de hombre poderoso;

¡que el ser pobre es vergonzoso  
y no está en moda!

- ENR. (Ap. y abrumado.) ¡Creer  
puedo apenas lo que dice!  
¡mi esperanza destruyó!
- PEDRO. (Ap.) (Parece que le afectó  
la noticia...) Ya predice.  
mi amante anhelo paterno  
tu noble desinterés,  
y que nunca el interés  
te inspirara ser mi yerno.  
Por eso tranquilo estoy,  
y desde luego á tu amor  
gustoso otorgo el favor  
que pediste. Adios: me voy.  
(Se retira por el foro derecha y queda Enrique des-  
concertado con lo que ha oído.)

#### ESCENA IV.

ENRIQUE.

¡Buen desengaño por cierto  
me ha dado este hombre á fé.  
¿Qué haré, Dios mio, qué haré?  
¿Estoy soñando ó despierto?  
Y no es que en mi amor influya  
su pobreza; yo la adoro,  
y su amor es el tesoro  
que anhelo: ¡mi vida es suya!  
¡Pero me aterra al pensar  
la suerte que nos aguarda!  
(Reflexiona un poco y dice como asaltado por una  
feliz idea.)  
¿Mas por qué mi mente tarda  
no me inspiró el apelar  
desde luego y sin doblez  
al mas fiel amigo mio?  
¡Oh! ¡Él me salvará, lo fio;  
si, acabemos de una vez!  
¡Gonzalez! (Llamando.)

## ESCENA V.

ENRIQUE, GONZALEZ, á poco EMILIA. Vienen por el foro izquierda.

GONZ. (Cuadrado en el mismo dintel de la puerta.)  
Mande er tiniente.

ENR. Busque usted á su primero  
y dígame que le espero.

GONZ. ¡En el auto!

ENR. Que es urgente.

GONZ. Volando.

(Se marcha por el foro derecha, y al mismo tiempo sale Emilia por el foro izquierda.)

EMILIA. ¿Aun todavía  
estás aquí?

ENR. Si. Ya subo...  
Tu padre aquí me entretuvo...

EMILIA. ¿Y ahora te vas?

ENR. Si, alma mia.

(Después de desaparecer Enrique por la puerta izquierda, se presenta Gonzalez á la puerta del foro.)

## ESCENA VI.

EMILIA, GONZALEZ, y á muy poco el CORONEL.

GONZ. Mi Coroné, señorita,  
pie que audensia le den.

¿Qué le digo á su mersen?

EMILIA. Que pase. (¡Extraña visita!)

GONZ. ¡Adrento!

(En militar posicion. Asi que el Coronel se presenta se retira Gonzalez por la derecha.)

COR. ¿Dá usted permiso  
para ofrecer á sus pies  
mis respetos? (Desde el foro.)

EMILIA. Usted es  
muy dueño. (¡Qué compromiso!)

(Mirando hácia la puerta por donde se marchó Enrique.)

COR. (Bajando.)  
¿Cómo estamos por acá,  
querida? ¿Hay salud  
y esa envidiable quietud  
con que viven? ¿Y el papá?  
(Emilia se ha sentado en el sofá é indica al Coronel  
que lo haga. Este toma un sillón y se coloca á su  
lado.)

EMILIA. Mil gracias. Con salud todos.  
Papá salió há un momento  
á dar una vuelta: siento  
que no esté...

COR. De todos modos,  
y si la verdad le digo,  
que esté ausente no me pesa.

EMILIA. No sé por qué... (Con extrañeza.)

COR. Su sorpresa  
no extraño; mas si consigo  
hacerme escuchar de usted,  
como hace tiempo deseo,  
me honrará mucho.

EMILIA. No veo  
obstáculo á tal merced;  
y cuente usted desde luego  
con mi atencion. (¿Qué será?) (Ap.)

COR. Mucho á fé me costará  
hacer mi relato. Legó  
(El carácter del Coronel debe revelar una noble fran-  
queza militar, pero poca práctica en cuestiones amo-  
rosas y una sencillez que interese.)  
hasta hoy en la materia  
que á usted voy á consultar,  
perdone, si tropezar  
me vé usted; ¡es cosa seria!  
Muy niño salí á campaña,  
pues sin padres me quedé,  
y de ellos solo heredé  
ardiente amor á mi España.  
Á ella sola he consagrado  
como á una madre la vida;  
y cual madre agradecida,  
con usura me ha pagado.

(Mostrando sus galones y las condecoraciones de su pecho.)

En los cuarenta ya friso:  
soy rico, soy coronel;  
mas la vida del cuartel  
me cansa ya. El cielo quiso  
dejarme solo en la tierra,  
y hoy anhela el corazon  
no sé qué... Otra distraccion,  
pues estoy harto de guerra.  
Aspiro á tener familia;  
verme querido... y querer...  
sobre todo, á una mujer...  
¿Es un desatino, Emilia?

EMILIA. No, señor; todo al contrario:  
su aspiracion es muy justa.  
Confieso á usted que me asusta  
verle solo. Necesario  
es al hombre en toda edad  
quien sus pesares mitigue,  
pues raras veces consigue  
reposo, tranquilidad.  
Bálsamo consolador  
es la mujer, para el alma  
del hombre que sufre y calma  
sus penas, con ese amor,  
ese cuidado prolijo  
que el mismo Dios en su ciencia  
designára á la conciencia  
de la madre, para el hijo.

COR. No en balde de usted esperé (Muy contento )  
respuesta consoladora.  
Vamos á otra cosa ahora.  
Muy necio pareceré...  
pero me hallo interesado  
en conocer la verdad.  
Diga con ingenuidad  
si su pecho apasionado...

EMILIA. La respuesta que me exige  
es harto rara en efecto...  
(Algo ofendida.)

COR. Solo nace... del afecto...



(Muy cortado y balbuciente.)  
Perdone usted... ya le dije...

EMILIA. Si: recuerdo me previno  
que si acaso se excedía...  
(Sonriendo al ver la turbación del Coronel y su perplejidad.)

COR. Pues... por si acaso decía...  
sin querer... un desatino...

EMILIA. ¡Qué hombre tan original!) (Para sí.)  
Por ahora, caballero,  
tan solo á mi padre quiero:  
soy su consuelo... y leal...

COR. (Muy animado por la contestación.)  
Me fundo en esa razón  
para hablar con claridad.  
(No encuentro dificultad  
para mi declaración.) (Ap.)  
Y aunque le parezca extraño  
mi modo de pretender,  
usted debe comprender  
que á mi edad un desengaño  
es cosa dura... Así es  
que temeroso... aturdido...  
sin saber cómo he ido  
derecho al negocio...

EMILIA. ¡Pues!...

COR. Soy un hombre muy formal:  
es mi divisa el honor:  
la fortuna su favor  
me ha otorgado, pues caudal  
cuento, mas que suficiente  
para vivir con holgura.  
Solo falta á mi ventura  
sea usted condescendiente,  
y me honre con aceptar  
cuanto hoy á sus pies ofrezco,  
mi nombre y caudal. ¿Merézcote  
tal dicha?

EMILIA. El contestar  
no es muy fácil, caballero,  
á declaración tan grave.

COR. Permítame usted que acabe.

Hoy, tan solamente quiero  
que consulte á su buen juicio  
con detencion, madurez,  
una, y otra, y otra vez:  
y sin ningun sacrificio  
y hasta que oportuno crea  
y haya usted reflexionado,  
yo aguardaré resignado  
su decision. Usted vea  
que ser mas franco no puedo:  
un poquillo impertinente...

EMILIA. No, señor, no, ciertamente...

COR. (Ap. yendo por su sombrero, que ha dejado en la mesa.)

(¡Confieso que llevo un miedo  
de mil demonios!) ¡Emilia!  
Espero que me perdone  
y mi causa no abandone.  
Recuerdos á la familia.

(Saluda y se marcha encontrando en el foro al sargento Juan, que se cuadra al verlo y á quien saluda ligeramente.)

## ESCENA VII.

EMILIA, el SARGENTO JUAN.

JUAN. ¡Oh! ¡Mi Coronel!

COR. Adios.

(Desaparece por el foro, derecha.)

EMILIA. (Todavía en el foro y sin advertir que ha entrado Juan. Este ha quedado en el foro algo preocupado y dice para sí los dos primeros versos.)

(¡Yo no sé lo que me pasa!  
¡si Enrique oyó!...)

JUAN. (En esta casa

El jefe, y aqui los dos  
mano á mano... callaré.)

(Rajando y dirigiéndose á Emilia.)

El teniente me ha llamado.

EMILIA. Arriba fué, está ocupado.

JUAN. No obstante...

EMILIA. Le llamaré.

(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

Enrique, aqui está Juan.

ENR. Allá voy en el momento.

(Desde dentro.)

EMILIA. Es muy raro ofrecimiento...

y hecho asi de un modo tan...

(Todavía preocupada con la escena anterior)

## ESCENA VIII.

EL SARGENTO JUAN, ENRIQUE, EMILIA.

ENR. Adios, Juan.

EMILIA. Yo me retiro.

Hasta luego.

JUAN. Señorita...

(Saludándola. Enrique la acompaña hasta la puerta y la contempla. Juan lo observa y le dice con alguna intencion.)

¿Le parece muy bonita?

¿La quiere mucho?

ENR. ¡Deliro!

(Bajando á la derecha de Juan.)

JUAN. Pues, señor, aqui estoy yo

á servirle en cuanto quiera.

ENR. Gracias, Juan, tú eres el solo

amigo de mi existencia.

JUAN. Desde que nació en mis brazos

le quise á usted tan de veras,

que por usted, mi teniente,

gustoso la vida diera.

Razones muy poderosas

que es fuerza que usted comprenda

engendraron el cariño

que en este pecho se alberga.

Veintiun años de servicios

su padre y yo, por mi cuenta,

hicimos juntos, y nunca

halló una falta pequeña

de que reprenderme; asi

fué tanta la pasion ciega

que le inspiré, que un hermano

:

mejor que un jefe en él viera.

La vida ademas le debo;  
por lo cual, si falta hiciera  
hoy, para aliviar su mal,  
teniente, disponga de ella.

ENR. Bálsamo consolador  
son esas frases sinceras,  
y no en balde en tí vislumbro  
un lenitivo á mis penas.

JUAN. ¡Señor, por Dios! ¿Qué le pasa?  
¿qué asunto á afectarle llega,  
que asi su cara trastorna  
y hablando conmigo tiembla?

Vamos, Enrique, cachaza;  
reponte un poco y alienta,  
y la desgracia sepamos  
que acibara tu existencia.

Dispuesto estoy con la mia  
hoy á aminorar tu queja.

ENR. Asi quiero que me trates;  
con esa antigua franqueza.  
Como si fueras mi padre.

¡Ah! ¡Padre mio! Oh, vergüenza!

(Ha levantado los ojos y al ver el retrato de su padre, abraza á Juan llorando. Este demuestra gran admiracion. En el momento entra Gonzalez por el foro: empieza á hablar, pero al advertir la situacion de los dos, dice su aparte, y se oculta en el balcon.)

## ESCENA IX.

ENRIQUE, el SARGENTO JUAN, GONZALEZ, oculto.

GONZ. ¡Mi primero! Er Comendante...  
(¿Qué miro? ¿Abrasaos se encuentran!...  
¡y estan llorando los dos!  
Me ocurto aqui, y sonsibela!)

JUAN. Razon de grave entidad  
te abruma, segun preveo,  
y saber pronto deseo  
por completo la verdad.  
Y pues ignorar no debes

mi cariño y gratitud,  
con toda calma y quietud  
decirme tus penas puedes.  
ENR. Sabe, pues, que seducido  
por el vil afán del oro,  
mancillando mi decoro  
he jugado, y he perdido;  
y ha sido mi ambición tal,  
mi obcecación, mi delito,  
que en ese juego maldito  
he malversado un caudal;  
caudal que estaba fiado  
tan solo á mi pundonor,  
y sin respeto á mi honor  
y á mi deber he jugado.  
¡La infamia vá en pos del crimen:  
al crimen, sigue el castigo,  
el desprecio del amigo,  
y la maldición...

JUAN. Oprimen  
mi mente desesperada  
tal combate de pasiones,  
que en vano busco razones  
para calmarte. ¡No es nada!  
Si la sangre de mis venas  
á sincerarte bastara,  
juro que la derramara  
para evitar tantas penas...  
Pero no quiero agravar  
tu penosa situación.  
Busquemos sin dilación  
un remedio que acabar  
pueda al punto, y de una vez,  
con la pena que te abruma,  
sin que nadie la presuma  
ni vacile tu honradez.

ENR. En vano buscar pretendes  
remedio á mi desacierto.  
¡Que estoy perdido es lo cierto,  
aunque tú no lo comprendes!  
¿Qué descargo podré hallar  
para una falta tan grave,



si aun antes que el mes acabe  
la paga debo entregar,  
y en momento tan cruel  
el desfalco notarán,  
y mi deshonra verán,  
y á mí vendrá el Coronel,  
los jefes, los oficiales...  
y por ellos despreciado,  
de todos abandonado  
por mis vicios criminales,  
un consejo fallará  
con el rigor consiguiente,  
y un presidio ciertamente  
será mi fin!...

(Con creciente dolor y desesperacion y notable alteracion en la fisonomia de Juan. Enrique cae en el sofá con el rostro oculto. Juan lo contempla, y despues de una pausa exclama con un acento profundo y lleno de dolor.)

JUAN.

¡Qué será  
de él, de sus padres, de mí!

(Yendo á él despues de una pausa.)

Vamos, Enrique, valor,  
no te entregues al dolor  
de esa suerte: ven aqui.

Vamos á ver si podemos  
saber cuánta cantidad  
es la que en totalidad  
entre tú y yo tenemos.

Á fuerza de privaciones  
me he propuesto algo ahorrar,  
y he conseguido juntar  
unos doscientos doblones.

Tal vez alcance esta suma  
á cubrir tu compromiso;  
y aun buscaré si es preciso,  
si aun el desfalco te abruma,  
otros veinte ó treinta pesos...  
conque al avio, á contar.

¡Vamos! ¡No hay que desmayar!

¡Enrique!... ¡Por Dios!

ENR.

(En el colmo de la desesperacion.) ¡Si esos

doblones que tú me ofreces  
con noble desprendimiento  
no son ni el veinte por ciento  
del desfalco!

JUAN.                                    ¡Me estremeces!  
¡Infeliz, qué es lo que has hecho!  
¿No sabes lo que te aguarda?

GONZ.    (Desde el balcon.)  
¡Anger mio de la Guarda!  
¿qué escucho?

JUAN.                                    Muy satisfecho  
tan solo llegué á pensar  
que seria una simpleza...  
¡Ah! ¡Se me arde la cabeza  
y no puedo respirar!  
Pero dime, desdichado,  
¿quién te condujo así al mal,  
á esa afición tan fatal,  
cuando tú nunca has jugado?  
¿No contemplas de tu padre  
el pesar y la amargura,  
al saber la atroz locura  
que has cometido? ¿Y tu madre,  
tan anciana y padecida,  
que te adora con pasion,  
y á quien tan dura afliccion  
podrá costarle la vida?  
¿Cómo así olvidar pudiste  
en un momento de error  
las virtudes, el honor  
que á tu buen padre debiste?  
¿No sabes que á tu cariño  
todo lo ha sacrificado,  
y su amor ha concentrado  
en tí desde que eras niño?

ENR.    Préstame un rato atencion  
y déjame que te explique,  
aunque no me justifique,  
de mi estado la ocasion.  
Con mi encantadora Emilia  
de su padre acompañada,  
fuimos á una mascarada,

á una broma de familia,  
este carnaval pasado:  
se bailó, cenamos fuerte.  
Quiso mi enemiga suerte  
ó mi sino desgraciado  
que el champagne y los licores  
trastornaran mi juicio,  
llevándome al precipicio.  
Había allí jugadores,  
y despues de concluida  
la cena se retiraron  
las señoras, y entablaron  
aquellos su gran partida.  
Don Pedro estaba á mi lado;  
no hacia mas que mirar;  
y sin duda al reparar  
que yo no habia jugado...  
«Quiero que usted se divierta,»  
me dijo, y á su imprudente  
capricho cedí inocente;  
y porque fuera mas cierta  
mi ruina, esta dispuso  
que cuanta carta elegia  
al punto á ganar venia.  
Yo, de alegría confuso  
ante aquel monton de oro  
que en un momento adquirí,  
calculé ¡necio de mí!  
dueño hacerme del tesoro  
que sobre la mesa habia,  
creyendo en mi insensatez  
que lo que hice una vez  
otra vez hacer podia,  
y ofuscado... y sin azar,  
pues el peligro ignoraba  
que horrible me amenazaba,  
quise copar y copar...  
¡siendo el triste resultado  
de aquella funesta orgia,  
que á la hora ya me habia  
completamente arruinado!  
¡Pero tú estás tonto, chico!

JUAN.

¿Don Pedro no te invitó?  
Su necedad te perdió...  
Te quiere mucho... es muy rico...  
Tuyo su dinero al cabo ..

ENR. ¡Calla por Dios! ¡imposible!  
hay un secreto terrible,  
que me impide!...

JUAN. ¡Pues alabo!...

¿Conque es decir que no hay medio  
que te salve de la afrenta?

(Durante un instante reflexiona, y como asaltado de  
una idea, exclama de pronto.)

¡Esta idea me atormenta!

¡Pero ya encontré remedio!

ENR. (Levantándose muy animado.)

¿Cómo?

JUAN.

Sé que te opondrás;  
mas debo, y quiero salvarte,  
y á ello pondré de mi parte  
hasta la vida. Tendrás  
unos veinticuatro años,  
edad dichosa y feliz.  
Yo cuento, viejo infeliz,  
sesenta... de desengaños.  
Ante tí brilla risueño  
un horizonte de flores:  
tú tienes padres, amores,  
en tí todo es halagüeño.  
Mas mi esperanza es tan fútil  
que el mejor dia me dan  
por todo premio á mi afan  
la licencia por inútil.

¡Nada en el mundo me halaga  
mas que tu dicha, hijo mio;  
para alcanzarla confio  
en mi plan, y asi paga  
este viejo agradecido,  
mal que á su destino cuadre,  
la vida que debió al padre  
salvando al hijo querido.

ENR.

Juan, lo que dices no entiendo;  
no alcanzo tus intenciones.

JUAN. Pues atiende mis razones,  
que ya me irás comprendiendo.  
Supuesto que nadie ignora  
la franqueza que tenemos,  
la ocasion aprovechemos  
de salvarte. Desde ahora  
combinemos el suceso  
haciendo ver que fui yo  
quien el dinero jugó.  
Y si bien por el proceso  
la responsabilidad  
del caudal te toca á tí,  
recaiga tan solo en mí  
la infamia.

ENR. ¡Qué necesidad!  
¡Y tú has podido creer  
que yo tal oferta admita,  
y por salvarme permita  
tu buena fama exponer?  
Nunca, no: sufra la pena  
quien imprudente ha faltado.  
De mi proceder menguado  
aguardo ya la condena.

JUAN. Es que ese destino impio  
que á tí te aguarda inclemente,  
sacrifica á un inocente...  
¡á tu padre!

ENR. ¡Ah! ¡Padre mio!  
(Cae en el sofá en el mayor abatimiento.)

JUAN. (Excusado es insistir.  
Él mi proyecto no admite:  
¡mas no me importa un ardite!  
Yo no debo consentir...  
Para evitar su desgracia  
me presento al Coronel...  
Hago muy bien mi papel...  
y le digo... ¡Juan, audacia!

(Ínterin Enrique está abatido y con el rostro entre las manos, sobre el sofá, Juan reflexiona diciendo este aparte, y una vez decidido, dice el último versc yendo á Enrique y levantándolo de su sitio.)  
Enrique, ya nos salvamos.



- ENR. (Levantándose muy animado.)  
¿Cómo? ¿Qué dices, Juan mio!
- JUAN. He recordado un judio,  
en cuya casa cenamos  
diferentes ocasiones  
yo y todos mis camaradas,  
y grandes sumas prestadas  
les dá: con mil atenciones  
y ofrecimientos me abruma,  
mas nunca de él abusé:  
á este, pues, le pediré  
la mas reducida suma  
que baste para cubrir  
el comprcmiso primero,  
que en Dios confio, y espero  
luego adelante salir.
- ENR. Si, Juan, si; tienes razon.  
Vé corriendo, en tí confio:  
¡á tí solamente fio  
de mi honra la salvacion!
- JUAN. Entra un rato á descansar;  
échate un poco, sosiega  
mientras el momento llega  
que yo te venga á calmar.  
Adios.
- ENR. Adios: te obedezco,  
porque arde mi cabeza.
- JUAN. (Despidiéndole á la puerta de su cuarto.)  
¡Hijo mio, fortaleza  
y esperanza! (Enrique desaparece.)  
(Dirigiéndose al cielo.) ¡Si merezco  
alguna indulgencia ¡oh Dios!  
de tu infinita bondad,  
acoge con tu piedad  
mis ruegos y sálvalos!  
(Se retira por el foro derecha.)

## ESCENA XI.

GONZALEZ, saliendo del balcon.

¡Señor! ¿estoy yo soñando

ó es cierto cuanto escuché?  
¿En quién pondrá un hombre fé?  
¿Lo que han estao jablando  
se me hase duro er creé!  
¿Er tiniente, que es un moso  
de destrusion... y tan fino,  
cometé tar desatino,  
sin mirá que un calaboso  
será su mejor destino?  
Y no es lo peor la chaná  
de haber jugao er teniente,  
sino que el otro inosente  
quiere dirse á presentá  
como si fuea er dilincuente.  
¡Jasú! ¡Estoy armareao  
y no sé lo que jasé!...  
Si me voy ar Coroné  
y le cuento este fregao,  
dirán que los dilaté...  
y que no tuve pruencia,  
siendo viejo pa escuchá,  
ni er mirlo supe aguantá...  
¡Pero... señó!... ¿y mi consensia?  
¡Naa! ¡Me tengo que berreá!  
Ahora mesmo voy á hablá  
ar Coroné, y le cuento  
la verdá: yo no consiento  
se vaya á perjudicá  
tan solo por miramiento.

(Se dirige precipitadamente á la derecha del foro, y al llegar á la puerta, tropieza con Emilia, que viene por el mismo foro izquierda. Queda sorprendido y sin saber como hablar.)

## ESCENA XII.

GONZALEZ, EMILIA.

GONZ. ¡Señorita!... Usté perdone...  
como iba á gorpe á salí...  
no la vide á usté vení...  
Trompesé... Hay ocasione

que ponen á un hombre, asi...  
armareao... y sin seso...

EMILIA. Pero, si no ha sido nada: (Riendo.)  
yo venia apresurada...  
Pero ¿qué tienes?... ¿Qué es eso?  
(Reparando la alteracion del semblante en Gonzalez.)  
está tu faz alterada...

GONZ. Naá... si no es ná, señorita.  
(Procurando disimular aumenta su perplejidad.)  
Es que... venia... por sabé...  
si estaba er sargento... pué...  
porque... el habé... y la masita...  
(Ni pueo platicá... ni sé...)

EMILIA. Pero, Gonzalez, ¿qué tienes?  
Estás turbado, indeciso...  
¿algo te pasa, preciso!...  
Cuando asi azorado vienes...  
¿Tienes algun compromiso?  
¿Querias ver al teniente?  
Algo te falta... ¿Dinero?...  
(Llevando la mano al bolsillo.)

GONZ. ¡Qué... no!... Lo que yo prefiero!...  
(Me vá á jasé que reviente,  
y guiyarme pronto quiero.)

EMILIA. Gonzalez, no te has de ir  
sin explicar lo que pása.  
El misterio que hay en casa  
tú me lo vas á decir,  
porque esta duda me abrasa.  
Hace dias que al teniente  
atormenta un gran pesar  
que se obstina en ocultar.  
Tú has de saberlo, es corriente,  
y me lo vas á contar.

GONZ. Señorita... ¡por San Bruno!...  
Le juro que naita sé.  
Le aseguro por mi fé  
que estoy irnorante...

EMILIA. ¡Oportuno  
es su silencio de usté!  
Como si yo no supiera  
lo que el teniente ha perdido,

y que está comprometido  
si pronto no pareciera  
el documento...

GONZ. (Interpretando lo que Emilia dice le contesta con mucha rapidez.)

Sabido

por usted este fracaso,  
¿pá qué mas explicaciones?  
ó presenta mir doblones  
ó á presiyo paso á paso  
vá sin averiguaciones.

EMILIA. (Fuera de sí.)

¡Qué es lo que usted ha pronunciado,  
hombre funesto! ¡Dios justo!  
¿Será verdad?

(Vá hácia Gonzalez, desenchajado el rostro por la impresion que le hace la noticia. Aquel retrocede asustado.)

GONZ.

¡Vaya un susto,

señorita, que me ha dado,  
y por cierto bien injusto!  
De muy buena fé la creia,  
y por eso con franquesa...  
(¡Mardita sea mi torpesa!  
¡No güervo á hablar en la via!  
Yo voy á tocá á larguesa...)

(Vá á marcharse y lo vuelve á detener Emilia.)

EMILIA.

¡Ah! No te vayas, detente:  
calma, por Dios, mi ansiedad.  
¡ten de mi angustia piedad!  
¿Te has referido al teniente?  
¡Habla! ¡Dime la verdad!

GONZ.

Pero... ¡por Dios! ¿Usted ahora  
no me ha dicho que ha sabio  
que er mesmo ha jugao y perdio?...

EMILIA.

(En el colmo del dolor, yendo al sofá.)  
¡Conque es él!!!

GONZ.

(¡Mardita hora

la hora que aqui he venio!)

### ESCENA XIII.

EMILIA, GONZALEZ, D. PEDRO, á poco ENRIQUE.

Al entrar D. Pedro, que viene por el foro derecha, vé á Gonzalez, que debe ocupar el extremo izquierdo del proscenio. Se detiene un momento á dejar sombrero y baston y baja sin ver á su hija hasta que los versos lo indican. Emilia procura aparentar serenidad.

PEDRO. ¡Hola, bravo veterano!

¿Qué tal? ¿se tragina mucho?

GONZ. (¡Dios mio! ¿qué es lo que escucho?

¡Er viejo!)

EMILIA. (¡Dios soberano!

mi padre!)

PEDRO. ¡Venga esa mano!

(En el momento que Gonzalez vé distraido con su hija á D. Pedro se vá por el foro de la derecha.)

¡Oh! que estaba aqui mi hija!

no lo habia reparado.

Pero ¿qué es eso? ¿Has llorado?

¿Qué causa hay, que asi aflija

á mi tesoro adorado?

(Enrique sale en este momento de su habitacion.)

ENR. Señor don Pedro ¿qué ocurre

que asi alterado le veo?

saber al punto deseo...

PEDRO. ¡Esta hija, que me aburre

con su eterno lloriqueo!

EMILIA. ¡Pero, papá, si no es nada!

PEDRO. ¿Nada, y te encuentro llorando,

y dias ha que suspirando

y de continuo agitada

te estoy, con pena, observando?

ENR. (¡Dios mio; si acaso oyó

cuanto aqui con Juan hablé!)

EMILIA. Pero no le he dicho á usted

que no es nada... (¡Sufra yo

sola!... ¡Ay de mí!)

ENR. No sabré...

PEDRO. Pues, señor, ¡bien! ¡Delicioso!



¡esta vida es un Eden!

(Dirigiéndose á Enrique con los brazos cruzados y tono malicioso.)

¿Y usted ignora tambien  
del dulce objeto amoroso  
la causa de su desden?

ENR. (Tímido y receloso de que Emilia haya descubierto el secreto.)

Yo, señor don Pedro, ignoro  
lo que asi puede afectar  
á Emilia... No acierto á dar  
con la causa... y lo deploro...

EMILIA. (Muy significativamente.)  
Solo usted puede acertar...

PEDRO. (Interpretando el sentido.)

¡Ay, ay, ay! ¡Bruto de mí!  
¡pues no estuve haciendo el oso!  
Vamos, esto es horroroso.  
¡Habermé burlado asi  
una tonta y un celoso!

(Muy incomodado, pero cambiando de tono procura contener su risa.)

¡Merezco bozal y albarda!

No me puedo contener...

¡Já, já, já!... Vaya, á comer,  
que la sopa nos aguarda!

(¡Bah!... ¡Pues no llegué á creer...)

(Se vá riendo.)

#### ESCENA XIV.

EMILIA, ENRIQUE.

ENR. ¡Emilia! ¡por Dios te pido  
te calmes, te tranquilices!

EMILIA. ¡Enrique, cuán infelices  
somos! ¡has desvanecido  
mis ensueños mas felices!

ENR. ¿Qué causa esa pena fiera  
que tu corazon tortura  
y asi llena de amargura?

(Muy tímido y temiendo cerciorarse.)

- EMILIA. ¡Tu calma me desespera!  
¿Nada mi pena te augura?  
¡Con harta razon callabas  
la pena que te afligia!  
¡Bien tu alma presentia  
que al saberla yo, matabas  
la ilusion del alma mia.
- ENR. ¡Es preferible la muerte  
á este estado.
- EMILIA. ¡Oh! ¡Yo muero!  
Virgen piadosa! ¡en tí espero  
que alivies la triste suerte  
del hombre que tanto quiero!
- ENR. ¡Válgame Dios! Si tu padre...  
Emilia, ¡mira por mí!  
¡Niña! ¡Que viene hácia aqui!  
¡Por la gloria de tu madre  
que nada sepa!...

### ESCENA XV.

LOS MISMOS, D. PEDRO.

- PEDRO. ¡Aun asi  
os estais, y yo esperando  
allá con santa paciencia!
- EMILIA. Perdone la inobediencia.  
Nos olvidamos... (Disimulando.)
- PEDRO. ¡Charlando!  
¡Abusais de mi indulgencia.
- EMILIA. Papá, no hay por qué enfadarse:  
ya estoy alegre, risueña...
- ENR. (¡La risa su alma desdeña!)
- EMILIA. Enrique, hay que conformarse...  
Ya ves... mi papá se empeña...  
(Miradas de inteligencia á Enrique.)
- PEDRO. Yo me empeño en que comamos.  
Conque... á comer...
- EMILIA. }  
ENR. } Á comer.
- PEDRO. ¡Qué sorpresa!... ¡Vais á ver!...  
(Se pone en marcha.)

EMILIA. ¡Resignacion y suframos! (Ap. á Enrique.)

ENR. ¡Que nada llegue á saber!

(Ap. á Emilia dirigiéndose al foro con D. Pedro.)

EMILIA. Ya que por siempre me aleja  
de Enrique mi suerte cruel...

¿Qué importa me crea infiel?

(Despuos de un momento de reflexion.)

¡El amor me lo aconseja!

Iré á ver al Coronel.

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro esta dividido por una pared. En el primer término de esta pared hay una gran mampara, que se abrirá hácia la derecha y por la cual se comunican las dos habitaciones. La derecha, que consistirá en la tercera parte del ancho de la embocadura, figura un recibimiento cuadrado. Tiene á la derecha una puerta que conduce á la calle y otra al foro para las habitaciones interiores. Las dos terceras partes de la izquierda constituyen una sala elegante, con puerta de balcon al foro, y otra á la izquierda, en segun término. En el recibimiento un banco con respaldo, una mesa de pino con tapete de bayeta verde, escribania de metal y utensilios de escribir: dos sillas.—En la sala, alfombrada, muebles del dia muy buenos. Una gran mesa escritorio con todo lo respectivo. Gran sillón, etc., que estará colocado frente á la mampara.

### ESCENA PRIMERA.

UN SARGENTO ESCRIBIENTE, UN ORDENANZA, ABEJORRO.

Todos en el recibimiento.

ORD.    ¿Y por qué tiene ese miedo?  
          ¿Qué le importa á usted hablarle?  
          No es asunto del servicio...  
          Que remite á usted su madre  
          el regalillo de Pascuas,  
          y ha cuadrado que lo mande

:

- por conducto de su jefe...  
Bien: ¿por eso ha de asustarse?
- ABEJ. Tiene usted mucha razon.  
Pero yo no pueo explicame  
con precautivia... ¿está usted?  
Y como soy un sarvaje  
y er Coroné tan supíto...  
pué su mersé incomodarse  
y laigame un par de cose.
- ORD. (¡Jesus! Cuánto disparate!)
- ABEJ. Y manque yo soy recurta,  
á mí naide ha dinsurtarme;  
que por la güena, á un pilon  
me yevan á mí, cabales:  
Pero yo nasí en Coní,  
y soy hijo de mi pare,  
y er que me jurgue ni ar pelo  
á Dios pué descomendase.
- ORD. Tiene usted mucha razon.  
(Riendo disimuladamente.)
- SARG. (Lo que en hablarle este tarde,  
tarda en salir de cabeza  
por el balcon á la calle.  
Buen carácter tiene el jefe  
para sufrir á este cafre.) (Ap.)

## ESCENA II.

LOS MISMOS y GONZALEZ.

- GONZ. Buenos dias, cabayeros.  
Dile ar jefe de mi parte... (Al Ordenanza.)
- ORD. No puedo servir á usted,  
porque no está en casa: aguarde  
un ratito aqui sentado  
el veterano Gonzalez,  
y en tanto que el jefe llega  
un cigarro voy á darle.
- GONZ. Dios te premie, buen chabá,  
toito lo que por mí jase.  
(Demuestra en su semblante un gran disgusto.)
- ORD. ¿Qué es eso? ¿Qué tiene usted?



Con franqueza puede hablarme:  
ya sabe que yo le quiero  
como si fuera mi padre;  
porque de tal me han servido  
sus consejos, que no en balde  
he aprovechado gustoso,  
pues siempre son saludables  
para el jóven que le aleja  
el servicio de sus lares.

ABEJ. (El acento de Abéjorro, es fuerte y agudo, con deji-  
llo penetrante que hierde al que le oye.)  
Asin quiera er señó  
á mí tamié aconsejame  
y servirme de intrepíte  
en mi negosio.

GONZ. (¡Arromales!)  
(Extrañando el acento desgarrado del recluta.)  
¿Quién es este perdobá  
tan esgalichao y sarvaje?) (Al Ordenanza.)

ORD. (Es un quinto, como un cerro (Al Gonzalez.)  
de bestia.) Quiere entregarle  
al coronel una carta  
que le ha mandado su madre,  
librándole unos cuartejos  
para que la Pascua pase.

ABEJ. Si, jeñó, pura verdá,  
á eso vengo á presentarme.  
Mas no tengo yo el aqué  
que necesita, er que jable  
cara á cara, como un hombre  
que toito es puro vinagre.

GONZ. ¡Cuidiaito con la lengua!  
que eso, amigo, es desbocase.

ABEJ. Pero, camará, si suo  
en pensá...

GONZ. ¡Qué isparatel  
Atienda musté, cristiano.  
Er coroné es muy amable.  
Entra usted, jase er saluo,  
y... «Usia ha de perdonarme,  
»tengo el honó de vení  
»poi que me manda mi mare

»unos cuartos par socorro.»  
Le dá usted la carta, la abre,  
le pregunta á usted su grasia:  
dice usted, sin arterearse;  
»Soy la presona, señó...  
»Fulano de tá...» «Cabale»  
dise entonse su miersén,  
larga er parné, y usted sale,  
cuadrándose mu derecho  
y disiendo... «Usia mande.  
»Yo estoy á sus pié de usten,  
»con su premiso...» ¡Á la caye!  
Yo no veo en esto intorpia,  
ni menos frigiliaes.

ABEJ. (Ha estado oyendo con una estúpida atencion á Gonzalez, y dice muy resuelto la frase anterior.)

Pu jeñó, en cuantito venga  
me voy ar toro!

GONZ. (No en barde  
teme este gachó jablá  
con er jefe. Por mi parte  
ya le he dao destrusiones,  
y si ér no asierta á explicase  
que con su pan se lo coma.  
Lo que me importa es que acabe  
mu pronto, pa que yo puea  
hablá tamien y guiyarme.)

### ESCENA III.

LOS ANTERIORES, el CORONEL, que viene de la calle.

Al atravesar el recibimiento todos se ponen de pié, en actitud militar. El Coronel baja la cabeza, como devolviendo el saludo ligeramente. El Ordenanza abre la mampara velozmente. Aquel entra en su despacho, deja baston y sombrero, se sienta al bufete, agita la campanilla y entra el Sargento escribiente.

COR. ¿Qué quieren esos soldados?  
¿pretenden acaso hablarme?

SARG. Si, señor, á eso han venido.

COR. Dígales usted que pasen.

- (Vuelve el Sargento al recibimiento.)
- SARG. Entren ustedes, señores.  
(Abejorro entra el primero y se dirige á la mesa del Coronel: dice los tres primeros versos muy precipitado y altos, demostrando un gran aturdimiento. Gonzalez queda junto á la mampara, pero dentro del despacho.)
- ABEJ. Mi Coroné, Dios le guarde.  
Manque usia no tié el honó  
de conosermé... no estante...
- COR. ¿Qué es lo que dice este bestia?  
¿Quién le ha mandado que hable,  
ni cómo usa usted ante mí  
ese grosero lenguaje?  
(La confusion y apuro de Abejorro vá creciendo, hasta que al final de la escena llora como un chico.)
- ABEJ. (¿No lo dije?... ¡me partió!  
De aqui sargo pa la cárse,  
y dende ayí pa un patríbulo!)  
Señó... yo no sé... explicame...
- GONZ. (Para sí.)  
Estoy viendo aqui una carga  
que mos jase salí á escape.
- COR. Diga usted al punto su nombre,  
si es que por dicha lo sabe.
- ABEJ. (Consultando con sus miradas á Gonzalez, que se encoge de hombros.)  
Yo soy... la mesma presona...  
de... fulano... é tá... y mi mare...  
(Mardita sea la hora  
en que me mandó.. .)
- COR. Gonzalez,  
¿quién es este condenado  
que viene aqui á sofocarme?  
¿Sabe usted cómo se llama?
- GONZ. No, señor. Aqui esta tarde  
me dijo que era un recurta,  
y que queria presentale  
á usia no sé qué carta...  
é irnoro cómo se yame.
- ABEJ. ¡Yo soy la mesma presona  
de fulano de tar!... ¡Dále!

- ¿No tengo yo explicativa,  
ó es que soy argun sarvaje?
- COR. Es usted mucho peor.  
¿Viene usted á impacientarme?
- GONZ. Diga usted pronto, criatura,  
su nombre: no hay que apurase.  
Mi Coroner, es mu bruto...  
y como eso está en la sangre...
- ABEJ. Pues usted tiene la culpa...
- COR. ¿Cómo?
- GONZ. ¿Yo!!
- ABEJ. ¡Si, si!... ¡Cabales!
- (Pegando patadas en el suelo y lloriqueando.)
- GONZ. (Para sí.)  
(¡Si no fuea mirando á Dios  
y ar Coroné... con er sabre  
te ponía las costiyas  
mas negras que el asabache!)
- COR. ¡Hombre, con dos mil demonios  
diga usted qué quiere: acabe!
- ABEJ. Ya he dicho que soy la presona  
de fulano...
- COR. (Se levanta sin dejarlo acabar.)  
¡Que le amarren  
á un pesebre en el momento!  
Quitarlo de aqui al instante.  
(Vá á llevarlo Gonzalez, pero lo detiene nuevamente  
el Coronel y le pregunta.)  
¿De qué compañía es usted?
- ABEJ. (¡Virgen de la Lus, ampárame!).  
(En el colmo de su turbacion.)  
Yo soy... la misma presona  
de fulano e tar...
- COR. (Ya furioso.) ¡Un sable,  
ó una silla, ó un demonio  
para matar á este infame  
que de mí se está burlando.  
¡Oh, muy caro ha de costarle  
haber venido á esta casa!  
(Paseando furioso.)
- ABEJ. Yo tamien sabia er caraiter  
de tiguere que tié usia:

no se yeva fama en barde...

¡Mardita sea la muerte,  
que ya no viene á yevarme!

(Llorando y pateando.)

COR. (Fuera de sí llama al Sargento y este entra en el despacho.)

¡Sargento! Corriendo, al punto  
á ese blasfemo cobarde  
llevárselo á un calabozo  
y de cadenas lo carguen.

Que venga aqui su sargento.

ABEJ. ¡Señor! ¡por Dios! (Suplicando.)

COR. ¡Fuera!

SARG. ¡Marche!

(Le agarra por un brazo y saca fuera al recibimiento,  
el Coronel pasea incómodo.)

ABEJ. ¿Vé usted lo que yo temia?

¡No ma dejao explicame,  
y voy preso, y si me escudio  
me afosilan!

ORD. ¡Disparate!

Usted ha tenido la culpa.  
Sin embargo, asi que pase  
la tormenta imploraremos  
su compasion; es amable...

ABEJ. ¡Si, si, como un escardiyo!

¡Por via é mi abuela!

SARG. ¡Á la calle!

(Se lo lleva y se deja oír el eco de Abejorro, que vá  
llorando.)

#### ESCENA IV.

EL CORONEL y GONZALEZ en el despacho, el ORDENANZA leyendo en el recibimiento.

COR. ¡No sé qué me ha contenido!

¡Eso no es hombre! ¡Jesus!

GONZ. Es mu duro de testús.

(Señalando á la frente.)

COR. Apedrea el maldecido  
con ese acento bestial.



- ¡Ni sabe cuál es su nombre!
- GONZ. Por eso dicen que hay hombre  
blanco que es tan animal...  
lo mesmo que un burro negro.  
Y á este le coge de yeno  
er refran.
- COR. ¡Un rato bueno  
me ha dado.
- GONZ. Y no me alegro  
por sierto del mar humor  
que á usia le ha proporsionao;  
que yo tambien habia en traio  
para hablar á usia, señor:
- COR. Eso no importa. Ya sabe  
que pronto estoy á escuchar  
á aquel que me quiere hablar.
- GONZ. Me costan muy bien...
- COR. Acabe.
- GONZ. Por eso ante er Coroné  
tan yeno de confiansa,  
manque es contra la ordenansa  
vengo mi ruego á exponé.
- COR. Y el coronel, convencido  
de la honradez y lealtad  
con que por su libertad  
y su reina ha combatido  
tan antiguo veterano  
espejo de disciplina,  
saber quiere á qué encamina  
usted ese ruego.
- GONZ. (Decidido.) ¡Ar grano!  
Con er corason partio  
á usia vengo á contá  
la chaná mas arrastrá  
que nunca vi ni he sabido.  
Usia sabe que el sargento  
primero é mi compañía,  
es un hombre que en la via  
ha estao preso ni un momento.  
Que cuenta sesenta años  
y de servisios cuarenta,  
y que es cabar en sus cuenta,

sin burlerías ni apaños...  
Pues al hombre que relato  
y que á honrao no tiene iguá  
le tienen una fraguá  
que lo van á gorré chato.

COR. También usted me impacienta  
con esos necios dislates.  
¡No diga mas disparates!  
Hable usted claro. ¿Qué intenta?  
Al caso, al caso, y pronto.

GONZ. Pues el caso es muy sensiyo...  
que al habilitao, un piyo  
lo ha robao, porque es un tonto.

COR. ¿Cómo? ¡Qué! (Sorprendido y con fuerza.)

GONZ. (Muy vivo.) Me explico mar.  
Digo yo que lo han robao,  
porque el hombre lo ha jugao  
y se ha dejao engañar.

COR. (¡Que estoy loco considero,  
ó el demonio está en mi casa!)

GONZ. Y han convenido en la guasa  
el teniente y mi primero,  
de isir, que los veintisinco  
mir y pico de reales  
que fartan á los caudales,  
er sargento jugó: y brinco  
de ira y esesperasion  
ar ver que á eterno presiyo  
vá á dir como si fuea un piyo  
si dá tar deccrasion.

COR. Ó está usted borracho ó loco  
al suponer tal exceso.  
Voy á mandar á usted preso  
ínterin aclaro y toco  
con la claridad debida

hecho que juzgo imposible,  
y si no hay prueba infalible  
me paga usted con la vida.  
GONZ. Sé que acuso á un superior,  
conosco bien las penales,  
y sé que aunque sean chavales  
y yo viejo, soy inferior.

Mi acusacion es muy dura,  
lo sé; y de no probala  
podrán dies ó dose bala  
jundirme en la sepultura;  
pero estoy mu satisfecho  
de poderla de probá,  
y á mi primero sarvá  
de ese arranque de su pecho.  
Arranque justificao...  
porque... á la fin y á la postre...  
er sargento... ¡qué demontre!...

Cor. — ¿Cómo pues?...

Gonz. — Si él lo ha sacao,  
como quien dise, á este mundo...  
porque er padre... don José...  
ha servio con Ausé  
cuando este salió de jundo.  
Y fué siempre su asistente,  
y no lo dejó un momento;  
y asistió á su casamiento  
y vió naser ar tiniente.  
Por eso como á un niño  
lo cuida... er tiniente abusa,  
y ahí tiene usia la excusa,  
toito en fuersa der cariño.  
Él lo que quiere, es cubrí  
la farta ya cometia,  
y que en jamás ni en la via  
pueda er padre descubrí...  
porque, como er viejo es reuto...  
de sierto la sepultura  
le costaba la locura  
de su hijo; y en efeuto,  
como Juan tanto los quiere,  
por evitarle esason,  
aunque es contra la rason  
y de su opinion...

Cor.

Prefiere }  
aparecer cual malvado  
y manchar su vida honrada,  
su virtud acrisolada,  
siendo cual ladron juzgado?

¡No será mientras respire  
el Coronel Montenegro!  
Crimen tan horrible y negro  
aun antes que el día espire  
mandaré justificar,  
premiando, como es razón,  
la sublime abnegación  
de ese bravo militar.  
Gonzalez, tenga presente  
la orden que á darle voy.  
Á nadie hablará usted hoy,  
é ínterin su vida aliente,  
de este criminal suceso,  
porque si llego á saber  
que falta usted á su deber,  
le formo un breve proceso  
y le doy...

Gonz. Cuatro balasos,  
que el endividuo me jarde.  
¡Dios me defienda y me guarde!  
Yo asujetaré mis pasos.  
Descudie usia; soy viejo,  
tengo er premio de noventa,  
y no me sale la cuenta  
si me asan er peyejo.  
Yo nunca, en jamás, he dio  
á ningun jefe con cuento...  
Donde quiera me presento,  
porque ser hombre he sabio;  
pero er sargento es mi amigo,  
con ér me tocó la séula...  
y... tenemos parenteula...  
y si sarvarlo consigo...  
Manque po er pronto relinche,  
si es que se ayega á enterá,  
y me dá mir bofetá  
que los carriyos me jinche...  
lo doy por bien empleo,  
con tar que diga argun día,  
tú has mirao por la honra mia  
y ar fin too está perdonao.

Cor. Bien está; márchese usted

GONZ. y cuidado con chistar.  
Puede usia descudiar,  
se lo juro por mi fé.

### ESCENA V.

El CORONEL en su despacho, paseando agitado, GONZALEZ y el ORDENANZA en el recibimiento: á muy poco el SARGENTO JUAN, que viene de la calle.

COR. ¡Estamos bien, á fé mia!  
Tras de haberme sofocado  
ese maldito soldado,  
ahora me encuentro... ¡Qué dia!

JUAN. Anúncieme usted, Ordenanza.  
(Repara en Gonzalez y entablan un diálogo acalorado, ínterin habla el Coronel aparte.)  
¿Qué veo? Gonzalez... ¿Tú aqui?

GONZ. (Para sí.)  
¡Jesus! ¡No sé qué disí!

COR. ¡Y que es negocio de chanza!  
¡Preste usted su proteccion  
y tenga usted fé en un hombre!  
¡Haré un ejemplar que asombre!  
sí por cierto. ¡Maldicion  
sobre todo aquel que olvida  
sus deberes!... ¡Oh!... Yo estallo!  
¡si viene aqui! ¡Si le hallo!...  
¡Ah!... ¡No paga con la vida!  
¡Atentar así á la fama,  
á la honra del regimiento!  
(Sigue paseando y accionando siempre fijo en su idea.)

GONZ. Ya he dicho á usted, mi sargento;  
me lo rogó...

JUAN. ¿Y quién te llama,  
(Siguiendo el diálogo.)  
ni quién te mezcla en asunto,  
que no sea tuyo, borrico?

GONZ. Es mu corto el pobre chico...  
me dió lástima... Y á punto  
ha quedao er coroné  
para peisle un favó!...



(Si pudiera hasé que er chavó  
no entrara...) Pues mire usté,  
lo digo con toa franquesa...  
mejor le está á usté no entrá.  
Está de cara apretá  
por la mardita torpesa  
de ese recurta ó demonio;  
y si á usté no le es presiso  
en el auto...

JUAN. (Para sí, no haciendo caso de lo que Gonzalez ha ha-  
blado.)

(¡Dios lo quiso,  
y de mi fé en testimonio,  
pues otro medio no encuentro  
para salvar su honra y prez;  
amo mio, de esta vez  
voy á pagarte. ¡Si! ¡Adentro!

(Abre la mampara y se presenta en el despacho del  
Coronel, pero se le conoce la violencia que le cuesta  
su declaracion.)

GONZ. ¡Ya no hay remedio! ¡Por vial...

JUAN. Si usia me dá permiso...

COR. (Pues acepta el compromiso,  
no hay duda! Por vida mia  
que caro le vá á costar  
al caballero teniente,  
que tras su infamia, consiente  
que este infeliz!...) Puede hablar.  
(Sentándose al bufete.)

JUAN. (¡Dios me dá fuerza y valor!)

Muy delicado por cierto  
es el caso; y si no acierto  
á explicarme bien, señor,  
ruego á usia me perdone.

COR. Muy afectado le veo,  
y que es grave el caso creo,  
tan grave que no le abone.  
Sin embargo, su honradez  
está por demas probada  
y nunca ha sido manchada.

JUAN. Mil gracias, mas á su vez  
no hay hombre que no tropiece...

- COR. Es muy cierto...
- JUAN. Y yo al fin,  
como hombre débil, ruin,  
he tropezado...
- COR. ¡Bah! Empiece.
- JUAN. Cuando el colegio dejó  
mi teniente, fui honrado  
por su padre, y al cuidado  
y á mi experiencia encargó  
el hijo que tanto amaba,  
pues sabe que desde niño  
le tuve tanto cariño,  
que al suyo casi igualaba.  
Al servicio, pues, volví  
para estar siempre á su vista,  
y ni un instante su pista  
abandoné ni perdí.  
Es oficial, yo sargento;  
mas me quiere y considera  
como hizo en su edad primera,  
cual á su padre. (¡Oh tormento!)  
Yo manejo los caudales  
desde que es habilitado,  
y á veces hasta he pagado  
el sueldo á los oficiales,  
y ninguno lo extrañaba  
al ver nuestras relaciones...
- COR. (¡Claras son sus intenciones,  
está indeciso.) ¿No acaba  
su relato?
- JUAN. (Acabará  
á mi pesar.) Si, señor.  
¡Soy un amigo traidor! (Esforzándose.)
- COR. ¿Qué dice?
- JUAN. Me explicaré.  
He abusado con torpeza,  
que exige un pronto castigo,  
de mi jefe, de mi amigo,  
del hombre que con franqueza  
su fé en mí ha depositado;  
y... confieso la verdad,  
de una fuerte cantidad

he dispuesto, y la he jugado...  
Mi teniente aun nada sabe;  
pero pronto lo sabrá,  
y el saberlo causará  
en él un pesar muy grave.

COR.

¡Sargento, usted está demente!  
¿Cómo es posible que crea  
en usted accion tan fea  
quien le conozca? El teniente,  
segun ya me aseguró  
persona muy fidedigna,  
(El Sargento queda sorprendido con lo que el Coro-  
nel manifiesta.)

cometió una accion indigna  
y una gran suma jugó.  
Y usted, noble y generoso,  
sacrifica su buen nombre  
por libertar á ese hombre  
de su delito afrentoso.

Es ya mucha abnegacion  
en usted comprometer  
su recto y buen proceder,  
su merecida opinion  
de militar recto y probo  
y de valiente soldado,  
apareciendo acusado  
en el vil crimen de robo.

JUAN.

(Ese infame, ese traidor  
de Gonzalez oyó el caso,  
y es el que ha dado este paso.)  
No es el teniente, señor,  
quien del dinero dispuso,  
he sido yo, por desgracia,  
quien cometió tal audacia;  
yo, si, perpetré el abuso.  
Abusos que son extraños  
en un hombre de honradez,  
y que por primera vez  
yo acometí en tantos años ..  
Mas... ¿qué quiere usia diga?  
Quiso mi suerte fatal  
impulsarme hácia el mal,

y mi conciencia me obliga  
á salvar, si me es posible,  
del teniente la inocencia,  
pagando con mi existencia  
un delito tan punible.

COR. Es vano que usted pretenda  
librar de tal compromiso  
á su teniente: preciso  
es que el sumario se extienda,  
y aunque justifique el hecho  
tal como usted lo asegura,  
no fallará menos dura  
contra él la ley. ¿Qué derecho  
en su pro puede alegar  
en justicia ni en razon,  
ante una malversacion  
tan criminal? Apartar  
debe usted del pensamiento  
ese empeño en libertarle,  
pues no es posible librarle  
por su vil comportamiento.  
Repito á usted que informado  
me encuentro de la verdad,  
que su generosidad  
respeto, y que admirado  
me tiene tal proceder,  
como que la Fuente admita  
su sacrificio y permita...

JUAN. No acabo de comprender  
lo que quiere usia decir.  
Puestoque á nadie fié  
lo que yo tan solo sé,  
¿quién ha podido venir  
á contar á usia?...

COR. No intento  
dar á usted explicaciones,  
ni permito reflexiones  
á un coronel de un sargento.  
No me obligue á que me enoje  
y obre cual cumple en justicia;  
las leyes de la milicia  
son terminantes.

- JUAN. (Ap.) ¡Acoge,  
oh mi Dios, con tu clemencia  
el estado en que me veo!
- COR. Ahora tan solo deseo  
que no venga á mi presencia,  
pues no podré contener  
el furor que me enajena.  
Pronto sufrirá la pena  
á que es acreedor. Prender  
es preciso en el instante  
al reo, no vuelva á escapar  
y la justicia á burlar.  
Que no se ponga delante  
de mí, por ningun concepto:  
á usted encargo se lo advierta.
- JUAN. (¡Oh! su perdicion es cierta!)  
(Vá á hablar. El Coronel le interrumpe.)
- COR. Impongo á usted por precepto  
no hablarme mas de ese ingrato.  
Y cuidado en ampararle,  
y la fuga prepararle,  
porque usted paga
- JUAN. Yo acato  
con respeto toda órden  
que emane de un superior;  
pero mi deber, señor,  
y mi cariño me imponen  
declararle la verdad  
para que en justicia falle.  
(Siguen hablando bajo.)
- GONZ. Voy á largarme á la calle  
y á mi teniente á avisá;  
no vaya er probe á vení  
y á trompesá... Y á mí, qué?...  
Yo... ¿por qué me he de meté  
donde no me yaman?... ¡Si!  
¡que aluego me martisen  
y traten como á un guiñapo!...  
Me dá lástima... ¡Es tan guapo!  
Le sárvo, aunque me escuartisen!  
(Se vá precipitadamente á la calle.)



## ESCENA VI.

LOS MISMOS, excepto GONZALEZ.

- COR. Se cansa en balde, sargento:  
tiene usted mi estimacion,  
pero jamás compasion  
para él. Vaya al momento  
á cumplir con lo mandado.
- JUAN. (Mejor será no insistir.  
Luego volveré á pedir  
cuando esté mas sosegado!)  
Mi Coronel, con licencia...  
voy al cuartel...
- COR. ¡Cuidaito!
- JUAN. Obedezco. ¿Y el maldito  
(Saluda, pasa al recibimiento y le pregunta al Ordenanza.)  
de Gonzalez?
- ORD. Con violencia  
hace un momento salió.
- JUAN. Si vuelve, dí que me vea  
en el cuartel. (Como sea  
él quien dijo... Ya murió!)  
(Se retira por la puerta de la derecha.)

## ESCENA VII.

EL CORONEL, en su despacho, EL ORDENANZA en el recibimiento.

- ORD. Algun negocio apurado  
y de mucha gravedad  
los ocupa; y en verdad  
que al Coronel sofocado  
hasta tal punto le he oido  
como no le oí jamás.
- COR. ¡No cabe, no cabe mas!  
¡Nunca lo hubiera creidó!

¡Un jóven tan apreciable,  
tan entendido oficial,  
cometer un crimen!... ¡Tal  
es el vicio miserable!  
Voy la órden á extender  
para que el sumario empiece;  
no hay que dudar. Lo merece.  
No debo retroceder. (Se sienta y escribe.)

### ESCENA VIII.

LOS MISMOS, el SARGENTO ESCRIBIENTE.

- SARG. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué animal!  
¡Qué bestia es el conileño!  
Hubiera agarrado un leño  
de buena gana...
- ORD. ¡Qué tal,  
mi sargento, el andaluz?
- SARG. Allí lo dejo arrestado;  
pero todo es excusado  
con semejante avestruz.  
Fuerza será licenciarle  
por bestia.
- ORD. ¡Y será gracioso!... (Riendo.)
- SARG. Eso no es hombre, es un oso,  
ni el diablo puede aguantarle!

### ESCENA IX.

LOS DICHOS, EMILIA, GONZALEZ.

- EMILIA. ¿Esta ahí su señoría?
- ORD. Si está.
- EMILIA. Pase usted recado.
- GONZ. ¡No por Dios!  
(Muy apurado tirándole del vestido á Emilia.)
- EMILIA. ¡Uf! ¡Qué pesado!
- ORD. Señor! (Abriendo la mampara.)
- COR. ¿Qué?

- GONZ. ¡Ave Maria! (Santiguándose.)  
ORD. Una señora pregunta  
por usia.  
COR. ¿Me quiere hablar?  
ORD. Si, señor.  
COR. Puede pasar  
al momento.  
GONZ. (Toó se ajunta  
pa una catástrofe!)  
ORD. Pase  
usted cuando guste. (Ya en el recibimiento.)  
EMILIA. Voy.  
(Pasando al despacho.)  
¡Coronel! (Levantando el velo.)  
COR. ¡Cómo! (Sorprendido y yendo á ella.)  
EMILIA. Yo soy.  
COR. Pero ¿qué ocurre? (Siguen hablando.)  
GONZ. (Hablando consigo.) (Es que ja se  
frio, ó lo tengo yo? ¡Temblando  
estoy, como un arresio!  
¡Ay! ¡Cuánta bala, Dios mio.  
siento á mi oreja sirbando!)  
(Sigue escuchando junto á la mampara.)  
COR. No es posible que interprete  
yo en su contra esta visita;  
merece usted, señorita,  
mi respeto...  
GONZ. (¡Quién me mete!...)  
EMILIA. Mil gracias: mas necesito  
hoy de toda su indulgencia,  
porque es harta impertinencia  
la que de usted solicito.  
COR. Puede usted hablar, segura  
de que soy feliz, si puedo  
complacerla.  
EMILIA. (¡Tengo un miedo!)  
COR. Hable, pues... ¿Mas qué amargura  
me revela su semblante?  
¿Qué puede haber que la aflija  
de esa suerte? Vamos, hija,  
nada tema.  
(Con respetuoso cariño y sentándola á su lado.)

EMILIA. Há un instante  
he sabido una desgracia  
que á mi honrado padre aflige...  
y como usted...

COR. Ya le dije  
que puede contar...

EMILIA. (¡Audacia  
necesito, ó sucumbir!)  
Pues, si... tiene un compromiso,  
y me es urgente, preciso  
de él librarle. (Siguen hablando.)

GONZ. (Y vá á venir  
er tiniente de aquí á poco;  
y vá á ver que la he traio  
y me vá á arrimá un crugio!...  
¡Digo! ¡Y ér que no está loco  
por la mardita Emilita!  
Pero ¿quién habia é pensá  
que fuera tan descocá?  
¡Toas son á cual mas mardita!)

EMILIA. En vista de cuanto ha oido,  
y en atencion á que usted  
hace poco la merced  
de ser mi esposo ha pedido,  
toda vez que no me ofende  
su franca declaracion,  
y que está mi corazon  
libre hasta hoy... (¡Oh! Me vende  
el rubor que en mi semblante  
producirá la mentira  
que á mi pesar!...)

COR. ¡Oh! Delira  
mi cabeza! ¡Si, este instante  
es, Emilia, el mas feliz  
que en mi vida he conocido!

EMILIA. Su noble franqueza ha side  
la que me impulsó...

GONZ. (¡Infeliz  
de mí que por güeno voy  
á pagar culpas ajenas!)

COR. Yo sabré endulzar sus penas:  
y puesto que su hijo soy;

ya que logré tal ventura,  
al momento le veré  
y á sus órdenes pondré  
cuanto valgo.

EMILIA. ¡Qué locura!

¡No, Coronel, no por Dios!  
Este asunto es reservado  
y tiene que estar guardado  
para siempre entre los dos.  
Solo con tal condicion  
mi mano queda otorgada.

COR. Acepto pues: respetada

será por mí su opinion.  
Disponga usted en un todo  
y á su placer de mi vida.

Es mi gloria apetecida  
lograr esa mano. El modo  
elija que mas le cuadre.

Ya que tan feliz me ha hecho,  
sola usted tiene derecho  
de disponer. Mas su padre  
necesita en el momento  
cantidad con que atender  
á ese sagrado deber.

Yo con numerario cuento,  
y tengo un grave disgusto  
si pudiéndole evitar  
á su padre un gran pesar  
no lo evito, como es justo.

(Siguen hablando.)

## ESCENA X.

LOS MISMOS y el SARGENTO JUAN.

Gonzalez está escuchando por la mampara vuelto de espaldas á  
la puerta de la escalera, de suerte que el Sargento lo sorprenda  
agarrándolo por el cuello.

EMILIA. Pues toda vez que usted usa  
de tal generosidad,



me tomo la libertad  
de disponer... (Siguen hablando.)

JUAN. Quien abusa  
con torpeza y mala fé,  
y los secretos sorprende,  
y oficioso y vil los vende,  
merece que se le dé...

(Vá á levantar la mano para pegarle.)

GONZ. ¡Sargento Juan! ¡ay Dios mio!  
¡por la Virgen que se aguante!

(Muy asustado y casi llorando.)

¡Escúcheme usted un instante,  
que si no somos perdid!

COR. Mediante lo concertado,  
yo lo dispondré al momento;  
y mientras tanto lo cuento,  
me manda usted ese soldado  
y le haré entrega...

EMILIA. Muy bien.

Ya sabe mi condicion...

COR. No saldrá del corazon  
su secreto.

(Siguen hablando, pero ya de pié.)

JUAN. ¡Ella tambien  
se conjura en contra suya!

Pero tú ¿por qué viniste

y al Coronel le dijiste?...

¡Infame, la culpa es tuya!

GONZ. ¡Bien! ¡mu rebien! ¡Ajórcame!...

Mas vamo á lo prensipá.

Er tiniente vá á yegá;

la encuentra, y la que se arme

vá á sé de mistó. ¡Ay, muero!

¡que ya está er toro en la plasa!

(Porque vé venir al teniente.)

COR. ¿No permite que en su casa  
alguna vez...

EMILIA. Yo espero  
de su esquisita nobleza  
en que por ahora...

(Enrique ha entrado cuando lo marca el verso de  
Gonzalez y ha entablado un acalorado diálogo con

Juan, por el cual se deduce que aquel quiere entrar en el despacho y este se lo impide bajo cualquier pretexto. Con lo cual se dá lugar á las últimas palabras que cruzan el Coronel y Emilia, ya en marcha para salir esta; de suerte que al abrir la mampara Enrique, se la encuentre dando la mano al Coronel en el mismo dintel de la puerta.)

ENR.

¡Mentira!

¡Tu imaginacion delira!

Me encuentro con fortaleza  
para todo, y no consiento  
que tú cargues...

JUAN.

Es que ahora...

GONZ.

(¡Santa Virgen de la Aurora!)

JUAN.

Está ocupado... ¡No miento!

Luego podemos volver.

Yo te lo ofrezco: ven, hijo.

(Pugnando por llevárselo.)

ENR.

Algo temes tú, de fijo...

quita.

(Juan está al lado de la mampara: Enrique forcejea hasta pasarlo por delante hácia su derecha y ganar la mampara, que abre.)

JUAN.

¡No!

ENR.

¡Esto ha de ser!

EMILIA.

¡Enrique! (Retrocediendo espantada.)

ENR.

¡Tú aquí! (Sorprendido.)

COR.

(Penetrando el engaño.) ¡Qué es esto?

GONZ.

¡Er trueno gordo!

EMILIA.

¡Ay de mí!

(Apoyándose en la mesa casi desfallecida. Pausa, despues de la cual se acerca el Coronel á Enrique y le dice con ira muy reconcentrada y bajo.)

COR.

(¡Y qué haya burladõ asi  
mi buena fé!) Á este puesto  
no debió nunca avanzar  
sin la vénia consiguiente.

ENR.

Un asunto muy urgente  
me obligó lleno de azar...

(Enrique contiene apenas un horrible sarcasmo, hijo de sus celos.)

y pésame esta imprudencia,

que á esa jóven ha afectado  
de tal modo... que...

COR. ¡Cuidado,  
que está usted en mi presencia;  
que el sagrado de mi casa  
y mi respeto es su escudo,  
y exijo que ciego y mudo  
reserve cuanto aqui pasa!

(Muy de quedo y con mucha energia.)

ENR. ¡Hay momentos en la vida  
que morir es un placer,  
que se llega á aborrecer  
esta existencia querida!...

(Estos cuatro versos muy bajos y procurando contenerse, pero al quinto ya estalla como un loco.)

¡De mas son explicaciones...  
y cuando media el honor  
desaparecen, señor,  
las necias preocupaciones!

COR. ¡Cómo tiene usted descaro  
para retarme? ¡Insolente,  
miserable delincuente,  
malversador! ¡Oh! ¡Muy caro,  
juro á Dios, ha de costarle  
tan osado atrevimiento!

Al punto, señor Sargento,  
al cuartel acompañarle.  
Constitúyase en prision:  
yo nombraré un capitán  
y un subalterno, que harán  
la sumaria informacion  
en solo el día de hoy:  
que un consejo al punto falle,  
y que correctivo hálle  
tanto cinismo.

JUAN. (Bajando á interponerse entre el Coronel y Enrique y en tono suplicante.)

Yo soy,  
mi Coronel, un soldado  
lleno de honrosas heridas,  
con harta gloria adquiridas  
por la Reina y el Estado.

Si mis canas, mi honradez,  
si tanta sangre vertida,  
si la ofrenda de mi vida  
son de alguna validez,  
á usia ruego de hinojos  
calme su justo rigor,  
y me conceda el favor  
de escucharme sin enojos.

COR. No me venga usted con ruegos  
importunos y obdezca.

ENR. ¡El que compasion merezca  
puede rogar!

COR. ¡Esos fueros  
yo apagaré, señor mio!

EMILIA. (Saliendo de su éxtasis y rogando al Coronel.)  
¡Perdon! ¡Piedad para él!

ENR. (Fuera de sí ya.)  
¡Ah! ¡Perjura!... ¡Coronel,  
vuestro enojo desafio!

COR. ¡Insolente!  
(Furioso pone mano á la espada, cuya accion contiene  
Emilia, que está á la izquierda del Coronel, sujetán-  
dole las manos.)

EMILIA. ¡No, por Dios!

GONZ. (Bajando y colocándose de rodillas y con los brazos  
abiertos entre el Coronel y Enrique.)

¡Aqui está, señor, mi pecho!

JUAN. ¡Estás, gran Dios, satisfecho!

COR. ¡Me vengaré de los dos!

(Emilia abatidísima, sin soltar la mano del Coronel.  
Este dice el último verso mirando á los dos alterna-  
tivamente, con el semblante descompuesto por el fu-  
ror y como para sí. En segundo término el Sargento  
Juan, con las manos elevadas al cielo y en el rostro  
pintado el dolor. Á la derecha del Coronel, con una  
rodilla en tierra y los brazos abiertos, Gonzalez, pre-  
sentando su pecho al Coronel en defensa de Enrique.  
Este está el último, á la derecha, cruzado de brazos,  
contemplando con la horrible sonrisa de unos celos  
devoradores, la ingratitude que juzga ver en su amada.  
Se suplica á los señores directores de escena se cui-  
den mucho de este cuadro final, asi como de que en

todo el acto se roben los actores las palabras en lo distintos diálogos que se sostienen en las dos habitaciones, tanto en los momentos de hablar, cuanto en los que hay que figurar solo con la mímica. Telen muy rápido.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**



---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, GERTRUDIS.

- PEDRO. ¿Con que no te fué posible,  
á pesar de tus esfuerzos,  
saber nada del enigma  
que turba nuestro sosiego?
- GERT. Ya he dicho lo que sabia.
- PEDRO. Pues es bastante por cierto.  
Que la niña está afligida  
porque su amante está preso,  
que el Coronel, á una furia  
se parece del averno.  
Que el sargento Juan, regaña,  
que Gonzalez, tambien creo  
fué atacado de hidrofobia  
segun su feroz aspecto,  
que vienen, entran y salen,  
y no para el cuchicheo;  
y que yo á todos pregunto  
y nadie contesta, ni esto...  
¡Mal haya sea la hora  
que acá vino el regimiento

- pues de entonces, en mi casa  
no hay un punto de sosiego!
- GERT. Amigo mio, hacer caso  
de la experiencia y consejo  
de personas que desean  
solo su bien. (Con mucha intencion.)
- PEDRO. Ya te entiendo.
- GERT. Ya sé que me entenderá. (Maliciosa.)
- PEDRO. No empieces con tus mareos.  
Ya sé que eres perspicaz,  
que tienes juicio y talento,  
que á tí nada te se escapa,  
y que yo nada preveo,  
(Con sarcasmo ridiculizándola.)  
que eres jóven, y bonita,  
y yo torpe, viejo y feo.
- GERT. Ya se fué por esos trigos  
como es costumbre... ¡me quemó  
con este hombre, Dios mio!  
¿Á qué fué el ofrecimiento,  
y la instancia reiterada,  
y el necio y tenaz empeño  
de traer el chico á casa?  
¿No calculó que es expuesto  
alojar junto á una jóven  
de buen talle y ojos negros,  
á un oficial barbilindo  
que le dá el brazo en paseo,  
y que en la mesa se sienta  
junto á ella, y al almuerzo,  
á la comida, á la cena,  
se estan hablando y riendo,  
y siempre en continua broma,  
tertulias y bailoteos  
van fomentando un cariño  
sin que se aperciban de ello?  
¡Ay, don Pedro! ¡que á la estopa  
es malo arrimar el fuego!  
Y si no recuerde usted,  
á pesar de mis esfuerzos  
y virtud, si estuve expuesta  
en nuestros pasados tiempos!

- PEDRO. ¡Cesa, por Dios! ¡Cesa... cesa,  
bruja huida del infierno!  
¡Mire usted con qué antigualla  
tan ridícula...
- GERT. ¡Estafermo!  
El ridículo es usted,  
que ya no le queda aliento  
ni aun para subir un tramo  
de escalera, sin que el pecho  
se le resienta, y la gota,  
y el asma...
- PEDRO. ¡Vete al infierno!
- GERT. ¿Qué mas infierno, que estar  
junto á un carcamal enfermo,  
regañon, impertinente...
- PEDRO. ¡Cómo que tú eres modelo  
de belleza y juventud  
y de dulzura un portento!... (Burlándose.)
- GERT. Si no soy jóven, lo he sido... (Picada.)  
y bien puede usted saberlo,  
que há treinta años que en casa  
la vida estoy consumiendo  
para un pago tan inicuo!  
¡Por buena me pasa esto! (Casi llorando.)
- PEDRO. ¡Tulita de los demonios!... (Incómodo.)
- GERT. ¡Periquito del averno!... (Imitándole.)  
No ha mucho que me decia...  
«¡Estrellita de mi cielo!...»  
¿Con que no seré tan vieja!
- PEDRO. ¡El mejor dia me ciego,  
y hago una barrabada!
- GERT. Ya la hizo como creo,  
porque segun dicen todos,  
sus bromas y devaneos  
han sido la primer causa  
de que el muchacho esté preso.
- PEDRO. ¡Embustera!... ¡Deslenguada!...  
¡Tal calumnia!...
- GERT. Si yo miento,  
todos mentira dirán,  
mas que lo dicen, es cierto.
- PEDRO. Márchate al punto, Gertrudis,

¡fuera! á cuidar los pucheros...

á fregar los platos... ¡vivo!

(En el colmo del furor y gritando.)

## ESCENA II.

LOS MISMOS, EMILIA, por el foro derecha.

EMILIA. ¡Señor! ¿Qué gritos son estos?  
¡Papá! ¡Gertrudis!... ¡Qué escándalo!

GERT. Su papá; yo, no.

PEDRO. ¡Me quemó!

¡Ella es quien tiene la culpa!

GERT. ¡Mentira!

PEDRO. ¡Verdad!

EMILIA. ¡Silencio!

¡van á acudir las vecinos!

GERT. Aunque vengan los serenos,

la guardia urbana y civil,

y cuarenta regimientos

he de decir la verdad!

¡Usted tiene culpa de eso!

PEDRO. ¡Mea culpa! ¡Mea culpa!

(Con mucha malicia.)

¡No volveré mas á hacerlo!

EMILIA. (Evitando el escándalo.)

¡Vete, Gertrudis, por Dios!

GERT. Ya me iré. ¡Buen pago llevo!

¡Si una naciera dos veces!

¡Qué lección, don Pedro! (¡Ay Pedro!) (Ap.)

EMILIA. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué vergüenza!

PEDRO. ¡Si no se marcha la estrella!

## ESCENA III.

D. PEDRO, EMILIA.

EMILIA. Pero, ¿es posible, papá,  
que al ver lo que estoy sufriendo,  
no contenga sus disputas  
y esos regaños eternos?

PEDRO. ¡Solo tú faltas ahora!

¿Sabes qué ha dicho ese... escuerzo?  
¿Que yo he tenido la culpa  
de que Enrique esté en arresto!

EMILIA. Tal vez usted sin malicia,  
acaso por buen deseo,  
sin querer, haya influido  
algo en el caso.

PEDRO. ¡Sospecho  
que loco habeis de volverme  
entre tú, Gertrudis y ellos!  
¡Vamos, niña, que te portas!  
¡Buena hija! ¡Buen consuelo!

## ESCENA IV.

LOS ANTERIORES y GONZALEZ.

Viene por el foro derecha, y trae una carta.

GONZ. Ya está usted artereao,  
de mal humor, endispuesto?

PEDRO. ¿Qué le importa á usted, bribon?

GONZ. ¿Yo bribon?... señón Pedro,  
si fueran toos tan honraos  
no haberia toos tan enreo!

EMILIA. Gonzalez, cálese usted.

GONZ. Señorita, yo... (¿Gran perro,  
que has presipitao ar muchacho  
para que pierda er peyejo!) (Para sí.)  
Señorita... Tome usted.

(La dá una carta sin que D. Pedro lo advierta.)

EMILIA. ¡Y cerrada me la ha vuelto!  
¡Oh, Dios! ¡Ni aun quiere leerlas!  
¡Me cree perjura! ¡Yo muero!  
(Se sienta en el sofá abatida y llorosa.)

PEDRO. ¿Que tienes, muchacha? Di.

EMILIA. ¡Qué he de tener? ¡Qué padezco  
una enfermedad moral  
que vá á matarme de cierto.

PEDRO. ¡Ave Maria purísima!  
¡Embuste, delirio, cuento!  
Nadie se muere de amor,



ni por poco mas ó menos.

(Voy á escribir una carta  
al padre de ese mancebo  
para ponerle al corriente...)

(Se sienta al bufete y escribe. Emilia, que está en el  
sofá, hace señas á Gonzalez para que se le acerque y  
hablan bajo, sin que D. Pedro lo advierta.)

EMILIA. Gonzalez, nada me ocultes.

GONZ. Y si el bato... (Con temor señalando á D. Pedro.)

EMILIA. Está escribiendo;

no se apercibe de nada.

GONZ. Que me guarde usted el secreto;

porque si el Sargento Juan  
se ayega á enterá, me pierdo.

Yo ha dio an cá er Coroné

y ya habia dio er Sargento  
segun ér me relató.

¡Estaba er jefe muy feo!

Yo descomensé á temblá.

y él, que tié pesqui... «Apuesto

»á que tamien viene usted

»á hablarme po er cabayero

»tiniente)... me dijo. Yo

entonse tomé risueyo

y le conté toito el caso

con señales y con pelos.

Le jise ver que er papá

tié la curpa der mareo

que ar probesito tiniente

le ha jecho dar tar trompieso.

Cuando acabé mi discurso,

ví que se estaba riendo...

y yo, entonse, eché á yorá

porque me dió sentimiento

que tomara á chirigota

tanta esgrasia. «Con efesto.»

me dijo: «Yo no há veio

»un lanse mas estrupendo,

»y manque usted mi caraiter

»dique... asin... argo risueño...

»no es por lo que usted me dise,

»sino po er mó de diserlo.

- Esto con otras palabras  
de mucho mas pulimento.  
Entonse, ar verlo templao,  
me eché á sus pies, le dí besos;  
yoraba á un tiempo y reia  
sin saber lo que era aqueyo;  
me dolía la cabeça...  
y ar fin me dijo... «Buen viejo,  
»mucho valen esa canas,  
»y lo noble de ese pecho.  
»Váyase usted, y no se aflija;  
»en fin... veremos, veremos!»
- EMILIA. ¡Gonzalez! ¡Dios te lo pague!  
¡cuánto, cuánto te merezco!  
(Llora de alegría al concebir una esperanza, abraza á  
Gonzalez. Este le toma una mano y se la besa. D. Pe-  
dro alza la cabeza y ve la acción.)
- GONZ. ¡Señorita!... ¿Yo? ¡No diga!...
- PEDRO. ¡Deténgase usted, mastuerzo!  
¿Qué confianzas son esas?  
¡Niña! ¿Y tú?... ¡Qué desafuero!
- EMILIA. ¡Ay, papá, que usted no sabe  
cuánto á este anciano le debo!
- PEDRO. ¡Qué he de saber! ¡voto al diablo!  
Mas yo indagaré qué es ello.  
Aqui al padre de ese niño,  
clarito, sin embelecocos,  
le digo cuanto sucede:  
vendrá al instante...
- GONZ. Ya entiendo:  
vá usted á acabarla de armá.
- PEDRO. ¡Qué?
- GONZ. Descomensó er jaleo  
sacando de sus casiyas  
al hijo, y pa er completo  
de toa la saragata  
manda por el padre. ¡Güeno!  
¡Ar fin y ar postre á presiyo  
ó afosilaos seremos!...  
¡Mardita sea la hora!...
- PEDRO. ¡Pero, Emilia! ¿No oyes esto?  
¿Sabe usted, insubordinado,

que llevo sobre mi pecho  
una insignia que acredita  
(La cinta de la cruz de San Hermenegildo, que lleva  
en el ojal del levita.)  
soy su jefe? ¡Vive el cielo,  
que si me apura usted mucho  
le haré ver todo el respeto  
que merece...

JUAN. (Desde el foro, entrando.) Buenas tardes.

## ESCENA V.

LOS ANTERIORES y el SARGENTO JUAN.

EMILIA. ¡Juan!

GONZ. (Ap.) ¡Ahora es eya!

PEDRO. ¡Me alegro!

Sepa usted que á ese bribon  
ahora estaba reprendiendo.

JUAN. No lo extraño; habrá querido  
mezclarse en algo...

PEDRO. ¡Peor!

Con gran descaro me ha dicho  
que yo solamente tengo  
la culpa que el podre Enrique  
sufra la prision...

JUAN. Pues eso  
no es menester ser Gonzalez  
para afirmarlo.

PEDRO. ¡Me quemol

¡Esta si que salió fuerte!

JUAN. Hay motivos...

PEDRO. ¡Yo me pierdo

de esta vez!... Al Coronel  
voy á ver en el momento,  
y él me explicará...

(Vá á salir precipitadamente. Emilia se interpone.)

EMILIA. Papá,

¡no por Dios!

PEDRO. ¡Basta de ruegos!

(Procurando deshacerse de ella.)

EMILIA. No irá usted, si es que mi vida

tiene en algo... (Á sus pies.)

PEDRO. ¡Por san Pedro,  
mi patron!... ¡Si no te quitas!...

(En el colmo de la furia, levantando el brazo para pegarle. Juan se interpone con su palabra. D. Pedro sale por el foro izquierda corriendo, y Gonzalez lo sigue. Emilia queda en brazos de Juan. Pausa.)

## ESCENA VI.

EMILIA, el SARGENTO JUAN.

JUAN. No hay que llorar, señorita.  
Valor hemos menester  
para en la lucha vencer.

EMILIA. ¿Y qué hacer, Virgen bendita  
de la Soledad?

JUAN. Pensar  
sin ninguna dilacion  
en medios de salvacion.  
Ya hemos podido lograr  
por el pronto que el sumario  
se detenga.

EMILIA. ¿Por qué medio?

JUAN. Á gran daño gran remedio.  
Sorprender fué necesario  
al que el oficio llevaba;  
y en efecto, lo cogimos,  
en la tasca lo metimos,  
y el clarete que bastaba  
á trastornar su sentido  
Gonzalez le hizo beber,  
y cayó en nuestro poder  
la órden...

EMILIA. Muy atrevido,  
y aun de fatal resultado  
cuando el Coronel lo advierta,  
creo ese paso...

JUAN. Cosa es cierta;  
pero si habemos logrado  
algo en favor de mi Enrique,  
todo lo demas es nada.

Ahora que está usted informada  
es fuerza que sacrifique  
en obsequio de su amor  
algo tambien.

EMILIA. Pronta estoy.

Cuanto valgo, cuanto soy  
cedo al punto en su favor,  
¡aun cuando él me aborrezca!

(Con sentimiento.)

JUAN. ¡Aborrecer... y está loco?

EMILIA. Sin leer hace muy poco  
me devolvió... ¡Y que merezca

(Mostrando la carta.)

este pago mi cariño,  
cuando por él olvidé  
mi dignidad, y engañé  
al Coronel?...

JUAN. Es muy niño,

y su falta de experiencia  
y su amor se antepusieron  
á la razon, y movieron  
aquel arranque... Paciencia,  
que todo se compondrá  
si un minuto no perdemos.

Son pocos los que tenemos.

Usted al jefe escribirá  
una esquila muy sentida  
invocando la nobleza  
de su alma, y con franqueza  
le confiesa, que afligida  
al ver la suerte fatal  
que le aguardaba á su amante,  
por salvarlo, delirante,  
presa de angustia mortal,  
se decidió á dar su mano  
al hombre que generoso  
se creia tan dichoso  
con tal merced... Es humano,  
y al ver tal abnegacion,  
un sacrificio tan grave,  
es muy posible que acabe  
por terneros compasion.



Yo vengo de hablar con él,  
y he logrado que me atienda  
y los motivos comprenda  
que han movido este tropel  
de disgustos. Le propuse  
cubrir mas de la mitad,  
por hoy, de la cantidad  
del desfalco; en fin, dispuse  
su ánimo á la clemencia.  
Ahora es forzoso tratar  
tan solo de atenuar  
la inoportuna imprudencia  
con que Enrique le faltó  
en aquel cruel momento,  
y para lograrlo cuento  
que él acceda á lo que yo  
disponga. Conque, al avio,  
niña, á escribir esa carta.

(Emilia vá á sentarse á escribir.)

EMILIA. Mas evitemos que parta  
mi padre.

GONZ. No irá; lo fio.

(Al salir oye las palabras de Emilia.)

## ESCENA VII.

EMILIA, el SARGENTO JUAN, GONZALEZ.

EMILIA. ¿Qué dices?

JUAN. ¿Qué has hecho, dí?

GONZ. Naita, señó; que le hablé  
cuando á su cuarto se fué,  
y hasta perdon le pedí.  
Y el hombre se ha sosegao,  
pues, y pasó la fiesta.  
Ahora duerme su gran siesta  
y paz Criste... Está acostao...  
Con que, al avio, á traginá...  
¿Dónde hay que dí, mi sargento?

JUAN. Á entregar en el momento  
la carta...

GONZ. Se entregará.

- JUAN. Que la señorita escribe.  
GONZ. Á paso de carga, andando.  
¿Y me queo ayí esperando  
respuesta?  
JUAN. Tal se concibe.  
EMILIA. Para el señor Coronel...  
(Levantándose y dando á Gonzalez la carta que ha  
escrito.)  
GONZ. ¡Me alegro! Ya estoy de vuelta...  
(Si no me dá con la puerta  
en los josicos.) Á corral.

### ESCENA VIII.

EMILIA, el SARGENTO JUAN.

- EMILIA. ¿Qué dirá el mundo, gran Dios,  
de mi conducta indiscreta?  
¡me juzgará una coqueta!  
JUAN. Pero si solo ellos dos  
y nosotros lo sabemos,  
¡á qué viene ahora el llanto?  
El objeto es puro y santo,  
¡en la Virgen confiemos!  
(Vá oscureciendo paulatinamente.)  
EMILIA. Yo no dudo. ¡Madre mia,  
salva mi reputacion,  
y mitiga la afliccion,  
que nos oprime!... Queria  
exigir de usted un favor...  
JUAN. Concedido.  
EMILIA. Que á mi Enrique  
hable usted y me justifique,  
haciendo cese el rigor  
con que hasta ahora me trata,  
pues su acalorada mente  
ver la verdad no consiente,  
y su dudar ¡ay! me mata.  
JUAN. Pues en el momento voy,  
y á afirmarle me aventuro  
le he de convencer, lo juro,  
ó no he de ser el que soy!

EMILIA. ¡Por Dios, no hay que exasperarle!  
JUAN. Pierda usted cuidado, niña.  
No será grande la riña  
cuando voy á consolarle.

### ESCENA IX.

EMILIA.

EMILIA. ¡Oh! ¡Cuánto sufro, Dios mio!  
¿Dónde encuentra fortaleza  
mi corazon, mi cabeza,  
para sostener con brio  
tal contraste de pasiones?  
¿Cómo puede acometer  
tanto exceso, sin temer  
las justas reconvenciones  
á que me hago acreedora  
por mi proceder liviano  
ofreciendo asi mi mano  
al Coronel? ¡En mal hora  
dí un paso tan imprudente  
que á Enrique ha precipitado,  
y el suceso ha complicado  
haciendo el riesgo inminente!  
¿Solo tú, Virgen Maria,  
mártir de tantos dolores,  
puedes calmar los rigores  
que oprimen el alma mia!

### ESCENA X.

EMILIA, GERTRUDIS, con luz.

GERT. Buena noche nos dé Dios,  
Emilia.

EMILIA. Feliz la tengas.

GERT. ¿Cómo te encuentro tan sola?  
Yo juzgué que aqui estuviera  
tu papá, porque hace poco  
sentí golpes á la puerta  
y su voz he creído oír,

y así á modo de pelea  
de esas que tu padre arma  
cada minuto.

EMILIA. De siesta  
aun no creo se levantó,  
y sola aqui hace muy cerca  
de media hora que estoy:  
conque sueñas por mi cuenta.

GERT. Soñar sin dormir no es fácil.  
Al contrario, he estado alerta  
por si algo necesitabas  
¿Quieres tomar?...

EMILIA. Nada.

GERT. Es fuerza  
darte algun alimento.  
Estarás débil...

EMILIA. No, deja...  
Ya te avisaré si acaso...

GERT. (Se oyen golpes muy lejanos hácia la izquierda.)  
Muy bien... ¡Otra vez la puerta!  
¡Ay, Jesus, qué vecindad  
tan bulliciosa é inquieta!  
Ha dos horas que sus golpes  
me trastornan la cabeza.  
(Se retira por el foro izquierda.)

## ESCENA XI.

EMILIA, á poco ENRIQUE.

EMILIA. ¡Gracias á Dios que se fué!  
Creo que Gonzalez tarda.  
¡Cuánto sufre aquel que aguarda  
su sentencia!

ENR. ¡Al fin la hallé!  
(Se presenta en el foro, Emilia vuelve la cabeza y le  
vé; se sorprende.)

EMILIA. ¡Ángel mio de la Guarda!  
¡Enrique! ¿Tú aqui?

ENR. ¡Señora!  
¡que lo extrañe usted me admira!

EMILIA. ¿Y me hablas de usted?

ENR. ¡Me inspira  
usted tal respeto ahora!...

EMILIA. ¡Aun todavía delira  
tu cabeza?

ENR. No es extraño  
que abandone la razón  
á aquel que su corazón  
despedaza un desengaño:  
¿no es usted de mi opinión?

EMILIA. Enrique, ¿será posible  
que tu mente acalorada  
débil me juzgue, y culpada  
de perjurio? ¡Eso es horrible!

ENR. ¿Cómo explicas, desdichada,  
sin que mi amor propio ofenda  
y mi cariño, el hallarte  
con aquel que aspira á darte  
mano y nombre? ¡Tal ofrenda  
sin duda debió halagarte  
cuando al punto que supiste  
mis desgracias, olvidando  
tu promesa, y consultando  
solo el interés, dijiste...  
¡pues acepto!

EMILIA. ¡Cómo ó cuándo  
ha podido presumir?...  
Gonzalez le ha dicho... ¡Cielo!...

ENR. ¡Tienes el alma de hielo!  
Pero... ¿qué me has de decir?...

EMILIA. Que me escuches solo anhelo.  
Sumergida en la amargura  
propia de toda mujer  
que ama, y ve padecer  
al hombre que es su ventura,  
creí mi primer deber  
salvar tu honra perdida.  
Si un consejo te juzgaba,  
el fallo que se aguardaba  
era cruel, y por vida  
á uno de otro separaba.  
Ahora bien: «Puesto que el hado  
»nuestra dicha destruyó»



dije, «inmolándome yo  
»él queda libre y honrado.  
»Hace poco me ofreció  
»el Coronel su fortuna.  
»La debo al punto aceptar  
»para con ella ocultar  
»su accion harto inoportuna.»

ENR. Y ¿has podido calcular  
que yo aceptase villano  
mi libertad á tal precio?  
¡Muy egoista, ó muy necio  
me juzgaste! ¿Con tu mano  
comprar mi honra?... ¡Yo aprecio  
tus sacrificios! ¡Merecen!... (Con sarcasmo.)  
¡Oh! ¡Me admira tu candor!  
El puro y ardiente amor  
que tus desvelos me ofrecen  
me hacen feliz. ¡Aun valor  
(Estallando de cólera.)

EMILIA. guarda mi angustiado pecho  
para atentar á una vida  
que me es tan aborrecida!  
¿Intentas en tu despecho  
el vil crimen de suicida?  
Tú estás loco, Enrique mio:  
lo que dices reflexiona.  
Piensa en que Dios no perdona  
tal crimen. ¡Oh! Yo confío  
en que jamás abandona  
ese Dios justo y clemente  
al que implora su piedad  
y pide con humildad.  
Pero el ateo maldiciente  
nunca alcanza su bondad.  
Es en verdad muy cruel  
y comprometido el lance;  
pero Juan tal vez alcance  
te perdone el Coronel.

ENR. Si tú has mediado... (Con sarcasmo.)

EMILIA. (Con dignidad, señalándole al ver que entra.)

¡No, él!

## ESCENA XII.

EMILIA, ENRIQUE, el SARGENTO JUAN, muy apresurado, á poco GONZALEZ.

- JUAN. ¡Enrique! ¿Tú aqui? ¿Qué es esto?  
¿Cómo has logrado salir?  
¿Qué podemos conseguir  
quebrantando así el arresto?  
¡Agregar males á males!  
¡Deshacer todo lo hecho!  
¡Muy bien! ¡Estoy satisfecho!
- GONZ. (Sin ver á Enrique.)  
Aqui está er señó Gonzales  
jecho una sopa é suó...  
Ya está entregá su carta,  
y creo que vendrá sin farta  
su mersen... ¡Várgame Dió!  
(Sorprendido al ver á Enrique.)  
¿Usté po aqui, mi tiniente?
- ENR. ¿Quién ha de venir? Dí pronto.
- GONZ. (Queriendo disimular y distraer á Enrique de su idea.)  
¡Vaya! ¡Me ha quedao tonto!
- ENR. ¡Responde! (Con violencia.)
- GONZ. ¡Er barbero! (Muy vivo.)
- EMILIA. ¡Miente! (Id.)
- GONZ. ¡Gracias, prenda!
- EMILIA. ¡La verdad!  
El Coronel es quien viene,  
porque á todos nos conviene  
que sepa la réalidad  
de los hechos tal cual son.  
De su nobleza abusé,  
y es forzoso que le dé  
cumplida satisfaccion.
- ENR. Yo me opongo.
- JUAN. (Con fuerza.) Y yo lo exijo.
- ENR. Mas debes tener en cuenta...  
(Como reprendiéndole, haciéndole ver su grado.)
- JUAN. ¿Que eres mi jefe?... (¡Oh, afrenta!)  
Aqui hay solo padre é hijo;

y un padre que hasta la vida  
está pronto á dar por tí!

(El primer verso resentido, en los otros cambia de tono.)

ENR. Pero... ¿Quién dice?... (Arrepentido.)

GONZ. ¡Ya! ¡si!...

mas tiene usted una salida  
que es capás de estropeá...

JUAN. ¡Te callarás, condenado!

GONZ. Pues bastante hemo hablado.

Ya no güervo á platicá.

EMILIA. Dejemos las digresiones,

Juan, que el momento llega.

(Hablan los tres con mucha animacion interin el aparte de Gonzalez.)

GONZ. (Yo me ensierro en la boega  
en hubiendolo explicaciones,  
porque en cuanto er Coroné  
la vea buena y saluable,  
no hay remedio, con el sable  
me parte, ó de un puntapié.)

EMILIA. (Como siguiendo la conversacion.)

¡Cuán feliz seré si puedo  
convencerte del cariño...

JUAN. Basta, niña: vamos, niño... (Á Enrique.)

y ahora á la carga, sin miedo. (Á Emilia.)

EMILIA. Voy á ver si mi papá  
duerme ó ya ha despertado.

(Muy animada por las explicaciones que figuran haberse dado.)

GONZ. (¡Si lo tengo yo trincado  
dende esta tarde! ¡Já, já!)

EMILIA. Si mientras yo voy adentro  
viene el Coronel, avisa. (Á Gonzalez.)

GONZ. (Lo que haré yo mu de prisa  
será guiyá si lo encuentro.)

EMILIA. Conque ustedes estarán...

ENR. Prevenidos á esa puerta.)

(Por la de la izquierda.)

EMILIA. Al momento vuelvo.

(Se retira por el foro izquierda.)

JUAN. Alerta

tú... (Á Gonzalez.)

GONZ.

¡Yo!

(Dándose en el pecho, como afirmando que pueden fiar de él.)

(¡Ya me encontrarán!) (Ap.)

### ESCENA XIII.

GONZALEZ.

El caso está en que no pueo  
guiyarme... ¡Qué compromiso!

Manque meslomen, presiso,  
me tengo é quear. El curreo  
que por sarvarlo he armao  
es mas gordo que un Babé.

¡No digo naa é mi mujé  
cuando dique que he trincao  
los mil y pico é riales  
que ajuntó pa la cantina!

¡Que se ajorque! ¡Y qué endina!

¡qué achataitos!... ¡Cabales!

(Ha sacado del pecho un bolsillo de percal, que contiene las monedas que nombra.)

Mir dosientos, en tres chatas,  
una media y cuatro duro...

Jasta Lima, estoy seguro,  
vá á dí buscándolo á gatas.

¡Mas no le dará en er pico  
si ar tiniente puen serví,  
que yo estoy ya pa cumplí,  
y con mis premios soy rico!

Pues, señó, naa... Yo me achanto  
aonde puea vé cuanto pasa,  
y si se arma una guasa  
delante de toos me planto,  
y á Roma por too. Ya viene  
su señoria al escape.

Me esconderé, no me atrape.

¡Jesus!... y qué cara tiene!

(Figura sentir que viene gente, mira hácia el foro derecha, y se esconde en el balcon.)

## ESCENA XIV.

El CORONEL.

Entra apresurado y mirando á todos lados queriendo encontrar á quien dirigirse. Enrique y el Sargento se dejan ver algun momento detrás de la puerta izquierda, asi como Gonzalez en el balcon.

No encuentro á quien preguntar,  
y ni aun oigo movimiento  
que indique... ¡Cruel tormento!  
Mas ¿cómo he de remediar  
un hecho ya consumado?  
¡Qué desgracia de familia!  
¿Y cómo creer á Emilia  
capaz de tal atentado?  
¡Oh! No queda duda, no.  
Era su pasion vehemente.  
¡Caro pago la inocente  
la accion de su amante! ¡Oh!  
al ver la infeliz perdida  
la esperanza de salvarle  
y su deshonra evitarle,  
atentó á su propia vida.  
Y él al saber la ocurrencia,  
habrá dejado el arresto  
y estará aquí... ¡por supuesto!  
Anhelo que mi presencia  
evite, pues si le veo  
no me podré contener,  
y habré de comprometer  
un nuevo lance. Ya creo  
(Dirigiéndose á mirar hácia el foro izquierda, y sorprendido al ver que es Emilia.)  
sentir pasos: no me engaño;  
alguno viene... ¡Ah! ¡Deliro!  
¡ó es realidad lo que miro!  
¡Otro nuevo desengaño!



## ESCENA XV.

LOS MISMOS y EMILIA.

- EMILIA. (Muy gozosa y demostrando gratitud.)  
Coronel, cuánto agradezco  
la mucha amabilidad  
de admitir con tal bondad  
mi súplica... No merezco...
- COR. (Significando su desagrado al juzgarse engañado.)  
Confieso á usted, señorita,  
que haber venido me pesa,  
porque veo con sorpresa  
me se me burla...
- EMILIA. (Interrumpiéndole.) ¡Permita  
usted que me asombre!  
¿Burlar á usted? ¿Quién osara?...
- COR. Que usted salvar anhelara  
de toda afrenta á ese hombre,  
es natural, lo comprendo.  
Mas buscar en mí un refugio  
por medio de un subterfugio  
ridículo, no lo entiendo.
- EMILIA. Si en un acto de delirio  
pude abusar imprudente  
de su oferta, no es prudente  
que redoble mi martirio  
con tal recuerdo, pues sabe  
la causa que me obligó...  
(Sonrojada y con los ojos clavados en el suelo, pero  
resentida.)
- COR. Si no me refiero yo  
á ese paso...
- EMILIA. Pues acabe  
de explicarse, porque ignoro...
- COR. ¿Que me explique? Todavía (Algo mas duro.)  
insiste usted?
- EMILIA. Tal porfia (Con dignidad.)  
ofende á fé mi decoro.
- COR. Pues si tan alto lo toma,  
le diré á usted con franqueza

que he visto con extrañeza  
use conmigo una broma  
que así me pone en ridículo.  
Gonzalez me ha asegurado  
que usted había atentado  
á su vida...

EMILIA. ¡¡Yo!!!

(Con tono de la mayor extrañeza.)

GONZ. ¡Con prifulo,  
cabales, pá que viniera.)

(Ap. desde el balcon.)

EMILIA. Y usted sin duda creyó... (Picada.)

COR. De tal modo lo afirmó... (Confuso.)

EMILIA. ¿Que yo le comprometiera  
por tal medio?.. No creia  
merecer á usted un concepto  
tan pobre!...

COR. (Reconociendo el engaño de Gonzalez.)

¡Oh! Yo acepto

sus razones; y á fé mia,  
juro aquí por cuanto soy  
que pagará el tal Gonzalez  
como merece.

GONZ. ¡Cabalez!

¿No lo dije?... Yo me voy...  
Mas si sarto me estropeo.)

(En el balcon, haciendo ademan de echarse á la calle  
y deteniéndose.)

JUAN. (Ese bestia entrometido  
á todos nos ha perdido:  
si lo agarro...) (Desde la puerta, oculto.)

EMILIA. Yo no veo  
por el prisma que usted vé.

(Continuando la conversacion que figuran interin los  
anteriores apartes.)

GONZ. Tal creo; pero al militar  
le es forzoso respetar  
la ordenanza, y no podré  
acceder á su demanda.

EMILIA. Pero si lo principal  
es cubrir el capital  
y falta muy poco...

FONZ.

(¡Anda!  
¿Conque farta poco?) Aquí  
tengo yo too lo que farta.

(Salta del balcon muy contento, colocándose en medio  
de los dos y ofreciendo la bolsa con los mil docien-  
tos reales que contó.)

COR.

¡Infame! (Sorprendido.)

EMILIA.

¡Ah! (Id.)

GONZ.

Con rason jarta  
me lo dice usia, si.

Yo ar tiniente dilaté,  
yo comprometí al Sargento;  
yo fuí á usia con un cuento  
redículo; y lo engañé.

Yo al sordao sorprendí  
que sierta órden yevaba,  
y mientras lo emborrachaba

(Con mucha malicia.)

dicha órden le cogí.

Yo á mi mujer he robao...

y para acabá, señora,

jase lo menos tres hora,

tengo á su padre enserrao.

EMILIA.

¡Jesus!

COR.

¡Vamos! ¡Está loco!

¡No he visto igual insolencia!

¿Se atreve usted en mi presencia...

GONZ.

Otavía he jecho poco.

COR.

¿Qué dice?

EMILIA.

¡Jesus, qué hombre!

JUAN.

(Yo voy á salir.)

ENR.

(Los dos.)

JUAN.

(Tú no, hijo.)

ENR.

(¡Vive Dios!)

GONZ.

¡Señorita, no se asombre!

Si su papá hubiera dio

á platicá ar Coroné,

y ayega er caso á sabé,

¿no mos hubiera perdio?

Por eso fué la enserrona.

¡Venga usted acá, cacho é sielo!

(La toma de la mano y la presenta al Coronel; ella se

resiste, el Coronel se indigna.)

¡Mi Coronel! ¿No hay consuelo  
pa esta jembra tan remona?

EMILIA.

Deje usted...

COR.

¡Se está burlando!...

GONZ.

¡Burlarme, cuando me ajoga  
esta mardita congoja  
que está mi pecho rajando!

Lo que yo quisie lográ

es que usia perdonara,

aunque luego afusilara

á este viejo carcamá.

Miste, señó, naide sabe

lo que aquí dentro ha pasao,

y pué quear reservao

jasta que el mundo se acabe.

Tan solo el viejo chimuya,

y por eso lo enserré...

Toitos tienen interés

en cayarse y no armá buya.

¿Qué felisiá en er mundo

mas grande que dá un perdon

y consolá una afliccion?

¡Misté, yo yorá!... ¡Me jundo!

¡Cuando he matao mas franseses

que arenas tiene la má!

Venir toos á suplicá

de ruiyas á sus pieses!

(De pronto vá á la puerta izquierda y saca de la  
mano á Juan y á Enrique y los trae á la izquierda del  
Coronel. Todo lo que ha dicho ha sido con un pro-  
fundo sentimiento, hijo de lo noble de su corazon.)

COR.

Pero esto es una emboscada,  
un asedio insoportable...

EMILIA.

Como usted es tan amable...

(Entrecortada y prócurando hacer recaer sobre sí  
toda la culpa.)

Yo, indiscreta... mas fiada

en su amistad y favor...

sus órdenes á mi antojo

he trastornado... ¡Su enojo

solo en mí caiga, señor!

- GONZ. ¡Qué bien ha fraguao er cuent o!  
JUAN. Una falta de experiencia  
solo ha sido... (Indicando á Enrique.)  
ENR. Mi conciencia  
sufre un horrible tormento,  
y si mi vida bastara  
para que usia, satisfecho,  
olvidara cuanto he hecho,  
con placer yo la inmolará!  
COR. Muy tarde viene la enmienda,  
y ya remedio no hallo.  
Es fuerza que espere el fallo  
(Con entereza y sin mirarle apenas.)  
del consejo.  
GONZ. (Que me atienda  
arcansaré.  
(Durante estos apartes de Emilia y Gonzalez, cruzan algunas palabras el Coronel y Juan. Enrique permanece abatido á la izquierda.)  
EMILIA. ¡Ya no hay medio!  
GONZ. Pues yo espero que lo haiga,  
y al fin de su burro caiga.  
EMILIA. ¡En vano busca remedio!  
GONZ. ¡Lo veremos!) Pues lusio  
hemos queao, señores!  
(Alto y pasando á la derecha del Coronel.)  
¡Cada ve estamos peores!  
Me acuerdo de un susedio  
(Cambiando de tono, despues de una pausa, y con marcada intencion.)  
de muchos años atrás,  
cuando yo empesé á serví.  
Fué tamié una cosa asi  
como esta... ¡Mucho mas!  
Habia ayí en mi escuadron  
cuatro ó sinco caetiyo,  
y uno de ellos... chiquiyo;  
pero... asina... granduyon...  
Mucha fuersa... formalote...  
Pues, señores, cierto dia  
jugando... armó una porfia  
y trincó por er bigote



á un tiniente capitán,  
y á fuersa de puntiyones  
le rajó hasta los carsones...  
(Aonde las toman las dan.)  
(Ap. mirando el Coronel.)

COR. ¿Y á qué viene ese episodio  
tan necio? ¡Cállese usted! (Muy incomodado.)

GONZ. Es pá probá á su mersé  
que hay siempre un ange custodio  
que vela por toó er que es bueno.  
Como er muchacho es honrao,  
toó aqueyo queó cayao.  
Er Coroné, mu sereno  
diria pa sí, digo yo.  
«¡Qué hombre hay tan perfleuto  
que no haiga tenio un defleuto  
en toa su via?» Y lo sarvó.  
Yo lo cuento por si es caso  
que el contarlo viene á pelo!...  
No tenga usia reselo

(Ap. al Coronel con mucho respeto.)

COR. de mí, que de aqui no paso!  
Yo sabré en sitio seguro  
guardar á usted. (Entre los dos.)

CONZ. Si; á la sombra!  
Ni la muerte á mí me asombra  
si usia perdona. ¡Lo juro!

PEDRO. ¡No es creible! ¡no! ¡Mentira! (Voces dentro.)

GERT. Si, señor, si lo he oido...  
¿Mas quién hubiéra creido?

EMILIA. ¡Ay, Dios!

GONZ. ¡Ahora es eya!

GERT. ¡Delira! (Dentro.)

EMILIA. ¡Mi padre! Por Dios que ignore  
cuanto pasa; se lo ruego! (Al Coronel.)

COR. Se lo ofrezco desde luego.  
Nada sabrá

PEDRO. Que no implóre.

(Saliendo con Gertrudis por el foro izquierda.)

ESCENA XVI.

LOS PRECEDENTES, D. PEDRO y GERTRUDIS, disputando muy acaloradamente.

- PEDRO. Mi perdon no lo concedo.  
Pero, señores, ¿qué pasa?  
¿Usted honrando esta casa? (Al Coronel.)  
¡Me alegro, por ver si puedo  
saber cuanto aqui sucede!
- COR. Vamos á ver si podemos  
quedar en paz; acabemos.  
Explique usted. (Á D. Pedro.)
- PEDRO. ¿Y quién puede?...  
Ese es el quid, el busilis,  
que usté al teniente arrestó,  
y esta chusma... diz que yo  
soy la causa. Todo bilis  
al verme asi calumniado,  
me propongo á usted hablar  
para el error aclarar,  
y al salir me veo encerrado.  
Grito hasta ponerme ronco  
y nada consigo al fin...
- GERT. ¡Como estaba en el jardin!...
- PEDRO. ¡Dormiriais como un tronco!...  
¡Abusar de mí á tal punto!...  
¡Encerrarme ese... ranchero! (Por Gonzalez.)
- GONZ. Si usté me escucha...
- PEDRO. ¡No quiero!  
(Con un grito, al que retrocede Gonzalez.)  
¡Calle usted!
- GONZ. ¡Soy un defunto!
- PEDRO. ¡Tal vez!...
- COR. (Interrumpiéndoles.) No mas digresiones.  
Pronto daré solucion  
á esta enfadosa cuestion.  
Mas ciertas explicaciones  
me es fuerza dar al señor,  
y si ustedes nos conceden  
permisó...

PEDRO.

Al punto pueden...

(Todos, excepto el Coronel y Enrique, que permanecen en primer término, suben al foro. Durante el diálogo de los anteriores, sostienen Gonzalez y D. Pedro una animada conversacion. Juan y Emilia observan con afan al Coronel y á Enrique y bajan á su tiempo.)

COR.

Hijo de un hombre de honor,  
venerable militar,  
es usted, señor La Fuente;  
mas no ha tenido presente  
tal honra cuando manchar  
ha osado en su insensatez  
la nobleza de ese anciano,

(Señalando al retrato.)  
y sin respeto, inhumano,  
lo envilece en su vejez.

ENR.

Prefiero la muerte á oír  
acusacion semejante.

COR.

Aguarde usted un instante,  
que aun le tengo que decir.  
Debo aquietar mi conciencia,  
porque falto á mi deber,  
y me es fuerza hacerle ver  
la causa. Su inexperiencia  
no es la razon que me obliga  
en su favor. Solo cedo  
porque rechazar no puedo  
las lágrimas, la fatiga  
con que por usted han pedido,  
á mis pies, desconsolados,  
esos dos bravos soldados  
y esa jóven. No he debido  
otorgarle mi perdon;  
pero al ver tanta grandeza  
en ellos, tanta nobleza,  
tan sublime abnegacion,  
complacerles me es forzoso,  
logrando á la vez mi idea  
de que empañado no sea  
por su desliz bochornoso  
el nombre del regimiento,  
cuyo mando me envanece.

Por esta razon le ofrece  
su Coronel, sin descuento,  
la cantidad suficiente  
á cubrir su compromiso;  
pero es urgente, preciso,  
que pida inmediatamente  
su pase para Ultramar.  
Tal será su expiacion:  
con sola esta condicion  
le puedo á usted perdonar.

(Se retira hácia el foro y habla con D. Pedro y Gonzalez. Los demas actores van bajando segun se deduce de los versos. Todos muestran la ansiedad consiguiente á su posicion. La vida de este cuadro se recomienda al buen juicio de los directores.)

ENR. ¡Fatal perdon á fé mia!  
(Cree interesado al Coronel en alejarlo para obtener la mano de Emilia: crecen sus celos.)

¡Oh, su idea es bien marcada!

¡Alejarme de su amada!...

¡Ah! ¡Qué infame hipocresia!

COR. ¿Conque al fin ya sosegado?...  
Lo celebro.

PEDRO. Si, señor.

Yo no sé guardar rencor...  
y ademas él me ha explicado  
la razon...

GONZ. ¡Una frutesa!

Vide abielto, y sin pesá

me dió el aquer de serrá...

y ahí estuvo la torpesa...

JUAN. (Que ha bajado el primero y habla á Enrique, colocándose á su izquierda.)

Yo tal intencion no veo.

ENR. La verás.

EMILIA. (Bajando muy temerosa, y se coloca á la derecha de Enrique.)

¡Virgen piadosa,

esta duda es horrorosa!

¿Qué le habrá dicho?

PEDRO. Lo creo,

sin que usted se esfuerce mucho.

- Si ya era plan combinado;  
y si no está ya casado...
- EMILIA. ¡Gran Dios!
- ENR. ¡Qué dice?
- JUAN. ¡Qué escucho!
- PEDRO. Por mi parte, si ella accede,  
tiene usted mi asentimiento.
- ENR. ¿Te convences? (Á Juan.)
- JUAN. (Ap.) ¡Cruel tormento!
- COR. Ella sé que me concede...
- EMILIA. ¿Qué dice? (Ap. á Enrique, afligida.)
- ENR. ¡Perjura! (Á ella, con ira.)
- JUAN. ¡Calla! (Á Enrique.)
- COR. Pues siendo así, amigo mio,  
(Hablando con D. Pedro y bajando á colocarse á la  
derecha de Emilia.)  
yo desde luego confío  
en que Emilia...
- JUAN. (Ap.) ¡Ahora estálla  
este infeliz y es perdido!
- COR. Segun hemos concertado,  
á su papá he demandado  
su linda mano...
- ENR. ¡Qué he oido!
- JUAN. ¡Gran Dios!
- ENR. ¡Coronel! (Con ímpetu.)
- JUAN. (Ap., calmándolo.) ¡Prudencia!
- GONZ. ¡Señor, piedá!
- EMILIA. ¡Compasion!
- PEDRO. Pero... ¿qué revolucion!...
- GONZ. ¡Replique usia la sentencia!  
(Está en el extremo derecha.)
- COR. ¡No hay uno que no esté loco!
- JUAN. ¡Es la ilusion de su vida,  
que vé por siempre perdida!  
(Al Coronel, por Enrique, y suplicante.)
- GONZ. ¡Y otavia le paese poco! (Llorando.)
- COR. Tengan ustedes presente  
que yo su mano pedí...  
pero no fué para mí...  
sino en favor de La Fuente.
- (Los dos primeros versos de la redondilla última, los



ha de decir mostrando severidad, para hacer en los dos últimos la transición oportuna y produzcan el efecto apetecido. Toma de la mano á Emilia, la pasa á su izquierda, y á esta y á Enrique los echa en brazos de Juan. Este los abraza lleno de júbilo.)

ENR. }  
EMILIA. } ¡¡Ah!!  
JUAN. }  
GONZ. }

PEDRO. Pues qué, creyeron que usted?...

COR. Por lo visto...

JUAN. Á esos piés  
con llanto de gratitud  
su nobleza y su virtud  
recompensad.

(Juan lleva á los dos á los piés del Coronel. Este no lo permite, los estrecha en sus brazos, y los pasa á los de D. Pedro, que los estrecha en los suyos, formando un grupo á la derecha. El Coronel y Juan quedan hablando á la izquierda, y este demuestra con su acción su gratitud. Durante toda esta escena, ha quedado Gonzalez á la derecha sin saber lo que le pasa, embargado por el gozo, que le ha sobrecogido el corazón, y apenas puede articular. Es necesario que el actor que se encargue de este papel estudie muy detenidamente este momento, para no hacer reír.)

CONZ. ¡Si!... ¡Eso es!

¡Yo no sé lo que me pasa!

¡Pero siento aquí, un doló!... (En el corazón.)

y siento un frío!... y un caló!...

¡Que me yela!... ¡Que me abraza!...

Yo no me pueo conténé,

y si no yoro reviento...

¡¡¡ajajajá!!! (Rompe á llorar.)

Deje usted por un momento

lo abraze, mi Coroné!

COR. ¡Ah! ¡mis bravos veteranos!

¡Venid, venid á abrazarme!

¿Qué mas dicha pueden darme

que el amor de mis hermanos!

(Gonzalez al ver que el Coronel le tiende sus brazos, se arroja en ellos y lo mismo hace Juan, quedando

formados dos grupos, uno de estos tres actores á la izquierda, y el otro de D. Pedro, Emilia y Enrique á la derecha )

FIN DE LA COMEDIA.]

---

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

*Madrid 8 de marzo de 1861.*

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

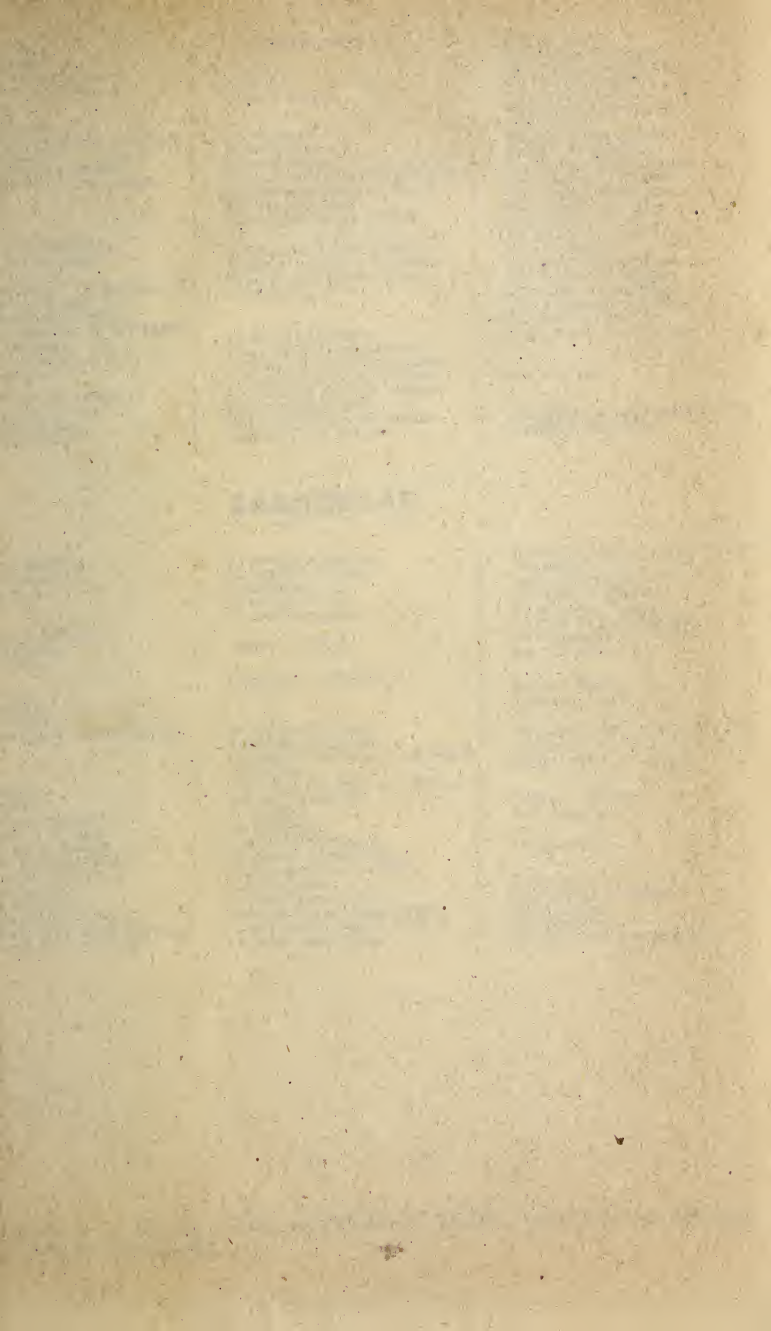
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY







ta y María.  
rid en 1818.  
rid á vista de pájaro  
sobre hojuelas.

o y Blanco.  
uno se entiendo, ó un hom-  
timido.  
eza contra nobleza.  
s todo oro lo que reluce.

opla.

éxito de enmienda.  
ar á rio revuelto.  
ella y por él.  
heridas las de honor, ó el  
agravio del Cid.  
la puerta del jardin.  
roso caballero es D. Dinero.  
dos veniales.  
mio y castigo, ó la conquis-  
de Ronda.

convido al Coronel!...  
n mucho abarca.  
suerte la mia!  
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambición.  
Sin prueba plena  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un dómíne como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huésped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una lección reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocación.  
Un retrato á quemarropa  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una lección de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un sí y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una lección de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

élica y Medoro.  
as de buena ley.  
tal mas feo.

eyna la Gitana.  
ido y Marte.  
ro y Flora.

isenando.  
a Mariquita.  
Crisanto, ó el Alcalde pro-  
dor.

achiller.  
loctrino.  
nsayo de una ópera.  
alesero y la maja.  
perro del hortelano.  
Ceuta y en Marruecos.  
con en la ratonera.  
último mono.  
edos de carnaval.  
lelirio (drama lirico.)  
ostillon de la Rioja (*Música*)  
izconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estátua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

## PUNTOS DE VENTA.

**MADRID:** Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

### PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto.de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C.de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.